



diario de un hombre asesinado

vic logan



SS

SERVICIO SECRETO



VIC LOGAN

DIARIO DE UN HOMBRE ASESINADO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.208

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 29.128-197
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1973

© VIC LOGAN-1973
Texto

© DESILO -1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.200. -En pugna con la ley.

En Colección PUNTO ROJO:

591. -El forastero de la ciudad olvidada.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. -El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

888. -Tierra de colosos.

En Colección KANSAS:

761. -Todos contra un hombre solo.

En Colección BRAVO OESTE:

584. -Parejas de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

864. -Senderos de venganza.

En Colección COLORADO:

766. -Los salvajes de Río Grande.

PRÓLOGO

En el París actual, el de los grandes embotellamientos automovilísticos, el de la contaminación atmosférica con uno de los índices mundiales más elevados, el París multitudinario de 1973, parece increíble que existan remansos de paz como la calle Germy.

La calle Germy es relativamente corta, ha quedado apartada del centro. La principal edificación que existe tiene más de un siglo y pertenece a la familia Boudricourt.

Es una mansión que ha quedado un tanto descuidada y está evidentemente *demodé*.

La mansión Boudricourt, rodeada de un muro, con una puerta principal de rejas, se levanta tras un jardín que en otoño se cubre de hojas y se penetra en ella tras subir los siete peldaños de una escalinata de mármol.

Importantes inmobiliarias están dispuestas a pagar auténticas fortunas por los metros cuadrados de aquel solar inmenso, pero Sebastián de Boudricourt jamás quiso vender.

Dos casonas sin importancia, a derecha e izquierda de la mansión, subsisten gracias al pertinaz tesón del señor de Boudricourt y en ellas viven ancianas familias que apenas salen de sus hogares.

En las casas de enfrente destaca el viejo taller del constructor de muñecos que se hace llamar Sthendal, sin que nadie sepa por qué.

Un par de solares abandonados completan la manzana de la calle Germy, a treinta minutos del centro, en los fines de semana, cuando no hay circulación que lo impida.

Pero volvamos a la mansión y a su viejo propietario el señor de Boudricourt.

Está enfermo, muy enfermo, y el criado, uno de esos criados que parece arrancado de un cuento inglés, espera impaciente la llegada del doctor Stassie, médico de la familia. Hombre de cuarenta años

que en estos momentos ha detenido su coche delante de la puerta de rejas.

El médico ha llamado ya a la puerta. Una campanilla que suena a cascabeles ha sonado por el interior de la casa y el criado, el único servidor de la vieja mansión, se apresura a ir a abrir.

El criado, Claudel, ha pulsado el resorte que abre la puerta de rejas de la entrada. Es lo único moderno que existe en la casa, porque antes era necesario ir a abrir personalmente la puerta de rejas.

Stassie, con su inevitable maletín, cruza la verja. El criado le espera en lo alto de la escalera.

—¿Qué pasa, Claudel? —inquiere el médico al fiel servidor de la casa, con más de cuarenta años de servicio, aunque su aspecto no delate su avanzada edad.

—No lo sé, doctor...

—¿Está peor? —pregunta el médico.

—Yo diría que sí, señor —responde Claudel sin mostrar la menor emoción en su rostro.

Claudel hubiera podido ser un excelente jugador de póquer en partidas caras.

Claudel tiene el rostro impenetrable.

El doctor Stassie avanza cruzando el *hall para subir la escalinata que conoce de memoria*.

En la alcoba del dueño de la mansión se halla el viejo señor de Boudricourt.

Quizá no muy viejo... no llega a los sesenta, pero está acabado, respira fatigosamente.

—Me estoy muriendo, Pierre... —dice al médico apenas le ve aparecer por la puerta del fondo de la impresionante habitación.

El médico mira en torno suyo, parece que aquella alcoba le sobrecoge. Es algo que ya ha pasado a la historia. La decoración pertenece a otra época, la iluminación dista mucho de ser actual. Todo es regio, todo es de calidad allí y en toda la casa, pero hace años que pasó de moda. Hoy con menos luz se ilumina más.

—Veamos —murmura el médico auscultando al paciente que sigue postrado en el lecho.

—Estoy mal, lo sé... Y sé también la causa —murmura el enfermo con aire resignado.

—No hables ahora... Déjame escuchar tu respiración...

—Es mi sangre. —Replica el enfermo.

—Calla...

Y el médico sigue auscultando, frunce el entrecejo. Luego lanza un suspiro.

—¿Qué? —pregunta Boudricourt con la expresión de quien está en posesión de la verdad.

—Tienes la respiración agitada... Pero no estás peor que ayer, Sebastián...

Boudricourt sonríe paternalmente. Parece dispuesto a enmendar la plana a su médico y amigo.

—¿Qué te pasa realmente? —pregunta el médico.

—Voy a decirte la verdad de mi dolencia, Pierre... Es algo que nadie podría adivinar, pero yo lo sé... Sé por qué estoy así... Sé por qué empeoro de día en día.

—Está bien, habla. Si quieres darme una lección, puedes hacerlo. La estoy esperando.

El médico parecía resignado ante la «sabiduría» de su paciente, que se irrogaba el derecho de saber más que EL.

Boudricourt lanzó un quejumbroso suspiro, luego con sus palabras hizo arquear las cejas de su médico.

—Pierre... Lo que me ocurre... es espantoso, pero sé que no hay remedio.

—Bueno. Di lo que en tu opinión te ocurre.

Tras otro silencio, el dueño de la casa manifestó:

—Nadie podría salvarme, mi querido Pierre... Y quiero que escuches una pequeña historia, pero tienes que darme tu palabra de honor de que no la repetirás a nadie.

—¿Qué tiene que ver tu historia con tu dolencia, Sebastián? —inquirió el médico.

Otra vez Boudricourt lanza un suspiro, y al fin se atreve a declarar:

—Pierre... Mi buen amigo Pierre... Lo que ocurre... es que «alguien» desea mi muerte...

—¡No!

—Sí, Pierre. Ahora tengo la certeza de que... ¡me están envenenando!

CAPÍTULO PRIMERO

Sebastián de Boudricourt murió oficialmente de un ataque al corazón. Así lo testificó su médico y amigo Pierre Stassie.

El féretro fue llevado a hombros por Claude de Boudricourt, el único miembro de la familia, sobrino del difunto. Le ayudaba en la tarea el fiel Claudel y dos miembros de la compañía funeraria.

No había más familia. El doctor Stassie figuraba como único testigo...

Bueno... Existieron otros testigos de la escena, pero no estaban presentes en la calle, ni en el jardín de la casa.

Los testigos eran gente extraña: Sthendal, el fabricante de muñecos, un hombre que parecía recién salido de un manicomio, con el pelo crespo y los ojos salientes.

Un segundo testigo era Marcel, el enano... Y había un tercero. Un mudo testigo: Luis.

Luis era un personaje muy singular. Vestía a la moda de Luis XIV para los entendidos, y era tan pequeño como el enano. No más de noventa centímetros de altura. Con su traje impecable, con su porte distinguido...

Bueno, más o menos como el personaje que representaba: Luis XIV.

Sthendal, el fabricante de muñecos, «padre de Luis XIV», se mostraba sumamente preocupado, pero guardaba silencio mientras los portadores colocaban el féretro en el coche fúnebre.

El enano (noventa centímetros) rompió el silencio.

—¿Y ahora qué...? El viejo ha muerto —murmuró.

—¡Silencio, Marcel! —ordenó Sthendal.

Marcel volvió la mirada hacia el muñeco; hacia la imagen del rey de Francia que había gobernado a partir de 1643 hasta 1715.

—¿Y tú qué dices, Luis? —le preguntó.

Tras un silencio, el muñeco contrajo levemente su rostro y

contestó a la pregunta del enano:

—Hay que ir a buscar a Balzac.

El enano se volvió hacia Sthendal.

—¡Balzac!

—Exacto —repuso el fabricante de Luis XIV.

El enano asintió.

—Pero...

—Sin peros... Hay que encontrar a Balzac. ¿Quieres encargarte tú?

El enano sonrió.

—Encontrar a Balzac no es nada difícil...

—Pues bien. Cumple la orden, muchacho... Te la da Luis XIV en persona...

Y el enano se volvió hacia el muñeco, que pareció guiñarle un ojo y corroboró:

—Ya lo has oído, Marcel. Muévete...

Alguien apareció en aquel instante, envuelto en la penumbra del taller.

Su rostro no podía verse muy claramente, pero su voz no parecía del todo desconocida de los ocupantes del lugar.

Y la voz del hombre, impecablemente vestido, dijo:

—Quiero encargar un servicio a Luis XIV. Estoy dispuesto a pagarle bien. ¿Tienen algo que objetar?

Sthendal se volvió rápidamente y el enano Claudel abrió la boca como si fuera a bostezar, pero más bien fue de miedo.

—¿Qué... qué pretende usted? —preguntó Sthendal rompiendo el breve silencio.

—Ya lo he dicho. Un trabajo a su «rey»... Pregúntenle si le interesa. Pagaré bien.

Sthendal sonrió y volvió su mirada hacia el muñeco, al mismo tiempo que comentaba:

—Ya lo has oído, Luis... Parece que pronto tendremos dinero.

Y Luis preguntó:

—¿Cómo cuánto?

La voz del recién llegado, que seguía envuelto en la penumbra, contestó:

—El suficiente para que puedan vivir una temporada.

—¿Los... tres? —se atrevió a preguntar el enano.

Sthendal le hizo callar.

—¡Silencio! Deja que... el caballero se explique.

El recién llegado avanzó unos pasos. Su rostro seguía envuelto en la penumbra.

En la calle proseguía el entierro del señor de Boudricourt. La comitiva se alejaba hacia el cementerio.

El hombre, tras un leve carraspeo, murmuró:

—Presten atención. Voy a decirles lo que deseo exactamente...

Todos los reunidos se apresuraron a escuchar. Todos... incluido Luis XIV, que hasta pareció sonreír a medida que iba escuchando la propuesta del visitante del taller.

CAPÍTULO II

Claude de Boudricourt treinta y dos años, de carácter introvertido y mirada huidiza, acababa de regresar del entierro de su tío.

Paseó por el interior de la mansión que tan bien conocía y acabó sirviéndose un Armagnac, cuya botella sacó del armario bar que prácticamente solo utilizaba EL en sus visitas a la mansión.

Claude parecía nervioso, como si aquella casa fuera a caérsele encima y EL lo sospechara.

—¡No sé cómo el viejo pudo vivir aquí tanto tiempo! —exclamó.

El criado estaba en el umbral de la puerta del gabinete observándole en silencio.

Claude se sobresaltó al verle.

—¿Qué diablos está haciendo aquí, Claudel? ¿Me está espionando?

El criado no perdió en absoluto su compostura y su voz sonó tan natural como siempre:

—Señor... Sólo vine a recibir órdenes...

—¿Órdenes? ¡Je! ¿Qué órdenes? —inquirió Claude de Boudricourt divertido.

—Usted es el dueño de esto, señor. Pensé que tendría algo que decirme...

—¡Oh, sí, Claudel! Claro que tengo algo que decirle... Empiece a buscarse otro trabajo. Pienso vender esto... Una casa así es una tortura... Sólo puede vivir aquí, un masoquista... Estas paredes, la decoración... Esto es realmente enervante.

—Su señor tío vivió aquí toda la vida —recordó el criado.

—¿Y qué? Porque mi tío vivió en esta tumba... ¿cree que yo debo seguir su ejemplo? Tengo un magnífico apartamento en el centro. Moderno. Allí hay luz y se respira... Esto acaba con los nervios de cualquiera.

—¿Debo entender que el señor no manda nada más? —repuso el

criado sin mover ni un músculo de su rostro.

—¡No! —exclamó Claude nervioso—. Avísame cuando llegue el doctor Stassie. Quiero hablar con EL. Dijo que volvería.

El criado se despidió con una reverencia casi al mismo tiempo que sonaba la campanilla de la entrada.

Instantes después Pierre Stassie entró en la mansión.

—¡Oh, doctor! No sabe cuánto celebro que se halle aquí. No soporto esas paredes... ¡Es absurdo vivir en un lugar así en nuestra época...! ¿No le parece?

—A tu tío le gustaba, pero no reprocho tus gustos modernistas. Yo también tengo un apartamento más de acuerdo con la actualidad... Pero esas viejas casonas me encantan. Es como... si el tiempo no hubiese transcurrido cuando se está dentro de ellas. Aquí todo es amplio, cómodo... Es un hogar donde uno se siente protegido.

—Yo diría más bien que esto es una cárcel...

El doctor cambió de tema con un gesto comprensivo hacia el joven heredero.

—Bueno... Dime para qué querías verme —comentó sirviéndose un Armagnac y añadiendo en tono de disculpa—: Con tu permiso.

—Sí, sí... Esta casa es más suya que mía, doctor... Beba cuanto quiera... Lo único que tenía de bueno el viejo era saber seleccionar sus bebidas...

—Sí... Éste es un buen licor... De lo mejor que he tomado...

—Doctor... Mañana es la lectura del testamento —terció el nuevo y joven dueño de la casa—. Me ha llamado el notario. Quiere que a las ocho esté aquí y me ha recomendado que no me mueva de esta casa... Esto lo considero absurdo, pero pienso que por una noche bien puedo hacer el sacrificio.

—Hummm... Me parece muy bien —repuso el doctor Stassie tomando asiento.

—Sí, pero... Me gustaría que viera algo...

El médico se encogió de hombros.

—Tú dirás...

—Recéteme algo para dormir. Me gustaría poder pasar la noche de un tirón, sin que nadie me despertara.

—¿Padece insomnio, Claude?

—No. No padezco insomnio, pero... venga.

Claude de Boudricourt condujo al doctor Stassie a través de la escalinata hasta el primer piso.

Caminaron por el corredor y el joven penetró en una de las habitaciones.

—Ésta es la cámara en la que suelo dormir cuando visito a mi tío... Es decir... cuando le visitaba.

—Sí, lo sé —repuso el médico.

Aproximándose a la ventana, Claude mostró la casa de enfrente. Su habitación daba justo enfrente al pequeño taller del fabricante de muñecos.

—Mire esto —dijo.

—¿Eh? —El médico echó un vistazo distraídamente. Observó una de las ventanas del taller que estaba a oscuras.

—Es raro —murmuró el joven—. Hace un momento vi algo que... Bueno, no importa, deme algo para dormir.

El doctor Stassie le miró en forma enigmática. No comprendía, y evidentemente quería saber más.

—¿Qué te pasa, Claude? Estás muy nervioso...

—¡Me están poniendo nervioso! —Gruñó Claude.

—¿Quién o quiénes te ponen nervioso?

—Esos que están ahí delante... No, ahora no... Yo creo que lo hacen adrede... ¡Me crisan los nervios! Por eso quiero dormir...

—De veras que no te comprendo. Si no me hablas más claro. —Y el médico se encogió de hombros volviendo nuevamente la mirada hacia la casa de enfrente.

—Los muñecos —espetó de pronto el joven.

—¿Muñecos?

—Sí, doctor... Hay muñecos...

—¡Oh, sí! Aquí vivía o vive todavía un viejo fabricante de muñecos, polichinelas y cosas así... Lo sé, lo sé... Pero... no entiendo lo que puede causar tu nerviosismo.

—Por las noches... Bueno... usted sabe que últimamente he venido a visitar a mi tío a causa de su enfermedad y que... aun a pesar mío me he quedado a dormir... ¡aquí! En esta habitación.

—Sí. Sí lo sé.

—Bien, pues... a veces, al despertarme, había luz en esa ventana de ahí enfrente y vi a un espantoso muñeco... Parecía mirarme... estar atento a lo que ocurría... ¡Como si me espalara!

El médico sonrió.

—Vamos, vamos...

—Cree que miento, ¿verdad?

—Te faltan horas de descanso... Seguramente trasnochas, bebes demasiado y tienes el sueño pesado.

—¿Se figura que imagino cosas?

—No me figuro nada. Digo tan sólo que un muñeco no tiene por qué asustarte...

—¡Yo no digo que me asuste! Me pone nervioso... Me parece que me espíe...

El médico miró fijamente a Claude y éste, como si de repente se diera cuenta de que su actitud fuese poco lógica, se apresuró a añadir:

—Bueno... Me parece que se trata de una broma de mal gusto de ese imbécil que fabrica los monstruos... Pero... pero me ponen nervioso. Y no me pregunte por qué... ¡No lo sé! Siempre he odiado a los títeres... a los payasos... No me gustan esas figuras de cartón... De veras, no me gustan, las encuentro repugnantes... horribles... ¡Las detesto!

Y Claude de Boudricourt se sentó en la cama mesándose los cabellos como si repentinamente fuera preso de un ataque incontrolable.

El médico le contempló en silencio mientras EL repetía:

—¡Odiosos! ¡Detestables! ¡Muñecos del diablo que parecen tener vida propia! ¡Malditos sean!

CAPÍTULO III

El enorme y deformado rostro de cartón avanzó lentamente entre los tenues destellos de varias luces que hacían más estrambótico su rostro.

Un grito unánime de terror prorrumpió en la sala.

Las luces se encendieron.

El payaso se quitó la monstruosa máscara y quedó tal como era. Un hombre de aspecto triste que recogía los tardíos aplausos de los escasos espectadores que habían acudido al circo.

Luego el director del espectáculo anunció el número final. Una *troupe de caballistas batió la arena bajo la carpa y en uno de los carretones Nicole terminaba de arreglarse para acudir a una cita.*

El payaso regresó con la máscara en sus manos y llamó a la puerta del carromato antes de entrar.

—Soy yo, Nicole.

Ella apareció en el umbral arreglada ya para marchar. Eran las 11,30 de la noche y el espectáculo estaba a punto de terminar. Hasta ellos (hasta Nicole y el payaso) llegaban las notas musicales del último número ecuestre que cerraba la función de la noche.

—¿Te vas? —preguntó el payaso.

Nicole asintió. Besó la mejilla del maquillado payaso que entró con cierto aire de tristeza en el carromato.

La muchacha, rubia, hermosa, llena de vida, corrió por la explanada hasta salir de las vallas de madera que delimitaban los terrenos que ocupaba el circo ambulante.

Allí estaba el automóvil. Un coche sencillo, corriente, en cuyo volante se hallaba Jacques Mercier.

—Ya estoy aquí —sonrió ella.

—¿Vamos a tomar una copa? —propuso el hombre del volante.

—Donde tú quieras —repuso la joven.

Mercier no llegaba a los treinta años. Era de aspecto alegre y

despreocupado. Bajo su chaqueta deportiva lucía un jersey con cuello de cisne y una vitalidad que salía por sus poros.

Puso en marcha el coche y atravesaron diversas calles con menor densidad de tráfico que en las horas puntas y más bajo índice de polución.

Jacques y Nicole estuvieron bebiendo y bailando sin hablar demasiado. Después de medianoche volvieron al auto. Jacques condujo sin rumbo, como si le entusiasmara ir en el auto por las calles solitarias de la ciudad.

Casi por casualidad, siguiendo por diversas calles, llegaron a la de Germy.

Nicole pareció sobresaltarse.

—¿Por qué pasamos por aquí?

—¿Eh? Es una calle cualquiera —repuso el joven.

—¡No! Detente. Vuelve atrás... Quiero ir a dormir. Es tarde y por la mañana tengo que ensayar.

Jacques detuvo el coche y miró calle adelante. Destacaba la pared de ladrillo de la mansión Boudricourt.

Los escasos faroles del alumbrado público le daban un aspecto un tanto siniestro, pero no más que cualquier otra calle de los contornos.

—¿Qué te ocurre? —inquirió Jacques a la joven.

—¡Oh! Nada, perdóname —repuso ella tratando de forzar una sonrisa.

—Estás nerviosa —comentó EL dando marcha atrás al coche—. Pero dime... ¿Tiene algo de especial esta calle?

—No, no —repuso la muchacha, pero Jacques, intuitivo y observador, tuvo la sensación de que la muchacha estaba mintiendo.

Fue una lástima que Jacques no continuara calle adelante porque tal vez hubiese sido testigo de algo que en aquellos momentos estaba ocurriendo en la mansión Boudricourt.

Claude de Boudricourt estaba nervioso. Había tomado abundantes dosis de Armagnac mezclado con las tabletas que el doctor Stassie le facilitó para que pudiera dormir.

De pronto tuvo la sensación de que «algo» estaba ocurriendo. No sabía lo que era y temía entrar en su alcoba.

La casa estaba silenciosa. Claudel, el criado, llevaba ya algún

tiempo acostado Claude de Boudricourt se encontraba solo y parecía aterrarle la idea de no poder pedir auxilio a nadie.

Sus ojos denotaban un pánico indescriptible. ¿Por qué?

Subió lentamente la escalera con los nervios en tensión, con los sentidos despiertos aunque quizá estuviese ligeramente embotado por el alcohol ingerido.

Avanzó por el corredor camino de su alcoba.

Tenía la sensación de que algo le estaba aguardando tras aquella recia puerta.

Contuvo la respiración antes de abrir. Su mano derecha, ligeramente temblorosa, sujetó la empuñadura de la puerta.

Ahogó un grito cuando repentinamente todo quedó sumido en la oscuridad...

—¿Qué...? —balbució.

Nada. No hubo respuesta. Quizá una avería en la luz. Algunas veces solía ocurrir.

Jadeando terminó de abrir la puerta y tan pronto como lo hubo hecho una corriente de aire anunció que la ventana estaba abierta.

Las sedosas cortinas revoloteaban y Claude tuvo la sensación de que aquello había sido hecho adrede.

Corrió hacia la ventana.

Sus ojos se clavaron en la casa de enfrente. Allí, en el taller de Sthendal, al otro lado del ventanal, había un muñeco: Luis XIV.

Y el muñeco estaba encarado hacia su habitación como si le estuviese espiando.

Tuvo la sensación de escuchar una risa lejana, ahogada, que se estuviese burlando de EL.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Nooooo...!

Salió de la habitación como si acabase de ver al mismísimo diablo.

Tropezó con algo en el corredor, con una banqueta, cayó de bruces y continuó gritando:

—¡No!

De pronto la luz volvió a encenderse iluminando escasamente el largo y ancho corredor.

La voz del criado surgió de alguna parte y Claude de Boudricourt tuvo un nuevo sobresalto.

—¿Le ocurre algo, señor? —inquirió Claudel con su aspecto frío

y enigmático.

—¿Dónde... dónde estaba usted? —balbució Claude—. La... la luz se ha apagado...

—Sí, señor —repuso el servidor—. Una avería... Es corriente en este sector... ¿Ha caído usted, señor? ¿Desea que le ayude en alguna cosa?

La fría actitud del criado, su voz desangelada e impersonal, todavía enervaba más los nervios de Claude, que se limitó a negar con la cabeza porque la voz no era capaz de surgir de su garganta.

CAPÍTULO IV

El testamento del señor Sebastián de Boudricourt era breve y explícito:

«Mi sobrino Claude, único pariente, será mi heredero universal de todos mis bienes. Lo único que pido, y será condición indispensable para que entre en posesión oficial de toda la herencia que le lego, es que permanezca durante un año en esta casa que yo he conservado hasta el momento de mi muerte. Después, junto con lo demás, pasará a ser suya y podrá disponer de ella como mejor le convenga...»

Seguía el testamento con unas frases protocolarias, pero en la mente de Claude quedó grabada aquella cláusula por la cual tenía que vivir en la mansión durante un año.

—Es como si el viejo hubiese querido vengarse de mí... Sabía que yo odiaba esta casa —exclamó el joven comentando lo sucedido con el doctor Stassie en una cafetería de los Campos Elíseos.

—No puedes reprochárselo a tu tío, muchacho —contestó el médico en tono apaciguador—. Te lo ha dejado todo...

—¿Por qué esa maldita cláusula?

—Seguramente para que no vendas la mansión... EL estaba enamorado de esas paredes como si tuvieran vida propia.

—¡Estaba loco!

El médico le miró compasivamente.

—Sí, doctor. Estaba loco... Nadie en su sano juicio hubiese continuado viviendo en una casa así...

—Yo no puedo hacer nada, Claude. Te aconsejo que si de veras quieres entrar en posesión de la herencia, sigas las instrucciones. No puedes ausentarte siquiera una sola noche... Un año se pasa pronto

y tal vez descubras que la casa tiene sus encantos. No es tan mala...

Claude Boudricourt salió de la cafetería apesadumbrado. Había ido en busca de consuelo, pero el doctor, ¡y todos!, parecían estar en contra suya.

Y lo peor es que si quería todo el dinero tendría que cumplir aquel año encerrado en aquellas paredes... Al menos por las noches. Tenía que dormir allí siempre hasta que se cumpliera el plazo, de lo contrario...

«Si mi sobrino prefiere vivir por su cuenta, lejos de esta mansión orgullo de mi existencia, entonces toda la herencia íntegra, mis propiedades y pertenencias y cuánto legítimamente poseo, pasará al Fondo de Ciencias Experimentales...»

¡El Fondo de Ciencias Experimentales!

Claude renegó de su tío... Y pensó en algo más... Algo que al regresar a la casa que a partir de entonces consideraría como una cárcel, puso de manifiesto a través de una llamada telefónica.

Se encerró en el despacho que había pertenecido a su tío. Una enorme pieza llena de estanterías con libros a rebosar.

Marcó un número de teléfono y esperó.

Tras la puerta el criado escuchaba con su rostro impenetrable.

—¡Leonora! ¿Eres tú? —inquirió el joven tras oír la voz al otro lado del hilo.

—¿Por qué me llamas? —preguntó la voz.

—Leonora... Esta mañana ha sido leído el testamento. Todo es mío...

—Me alegro por ti —replicó la voz con cierta frialdad.

—Leonora... Tengo que esperar un año... Me gustaría verte y explicártelo. ¿Sabes?

—No es necesario —contestó la voz de la mujer.

—Bueno, ya sé que un año es mucho tiempo, pero...

De nuevo el joven fue atajado por la voz femenina que le hablaba desde el otro lado del hilo:

—Es mejor así, Claude.

—¿Qué quieres decir? —preguntó EL enarcando las cejas.

—Que es mejor dejar las cosas como están...

—¡Leonora!

—Claude, escucha... Es mejor que nos olvidemos el uno del otro...

—¿Olvidar lo nuestro? Iré a verte esta noche y...

—¡No! ¡No vengas! —Prohibió la voz.

—Pero, Leonora...

—Fue un error. Fue un error empezar, Claude. Dejemos todo como está.

—Nunca he significado nada para ti, ¿verdad? —inquirió EL visiblemente afectado.

—No lo sé, Claude. De veras. Lo único que puedo decirte es que es mejor no continuar.

—Una pequeña separación te ha hecho cambiar de idea —reprochó EL.

—No. Nunca te prometí nada. Nunca te dije que te amaba. Y así es, Claude, de veras. Tú nunca quisiste escucharme. Adiós, Claude. Celebro que entres en posesión de esa herencia. Pero yo no ambiciono nada. Adiós. No vuelvas a llamarme.

La muchacha colgó. Claude quedó como un estúpido con el auricular en la mano.

El criado, Claudel, se retiró cuando escuchó el chasquido del teléfono indicador de que por fin el dueño de la casa había colgado también.

Claude se levantó de la silla y con los puños crispados maldijo entre dientes.

Al otro lado del hilo una mujer había colgado también con aspecto pensativo.

Leonora. Era su nombre artístico. En el cartel anunciador del circo podía leerse:

Leonora y sus muñecos.

Jacques, desde el coche, la llamó por otro nombre, por su nombre auténtico:

—¡Eh, Nicole! ¿Vamos a tomar el aperitivo?

Sí. Nicole, la muchacha del circo, prefirió olvidarse de todo y correr hacia el joven y despreocupado Jacques...

CAPÍTULO V

Para el heredero, aquella iba a ser una noche presentidamente larga.

Se estaba desnudando después de haber regresado tras visitar un buen número de bares.

Pensaba que el alcohol le ayudaría a olvidar la pesadilla que suponía para EL tener que acostarse todas las noches en la mansión.

Tenía la sensación de ser espiado, de que cada dibujo de la pared que decoraba su alcoba era un ojo humano que estuviera al tanto de sus menores movimientos.

Se acercó a la ventana, seguro de que el muñeco de Sthendal estaba allí. Luis XIV.

No. No estaba... En cambio sí se hallaba una mujer vestida como María Antonieta. Era un anacronismo. No pertenecía a la época. Pero la mujer parecía de carne y hueso y gritaba.

Gritaba...

—¿Qué es esto? —comentó para sí Claude enarcando las cejas.

La mujer volvió a gritar.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces ocurrió algo extraordinario, fantástico. Algo que hizo agrandar tanto los ojos de Claude que amenazaron con salirse de las órbitas.

Tras aquella mujer, por el taller de Sthendal, avanzaba Luis XIV. ¡Con un pistolón en la mano!

—No... —musitó Claude.

El muñeco esgrimía aquella arma de Dios sabe de qué época porque allí todo era incongruente, anacrónico.

Y aquella María Antonieta, de carne y hueso, seguía aferrada a la ventana agitando sus manos y su voz pidiendo auxilio llegaba hasta los oídos de Claude.

María Antonieta se volvió.

—¡No, no! No disparéis —gritaba.

Luis XIV había llegado a menos de un metro de la mujer y la encañonaba como si tratara de fijar su puntería.

María Antonieta lanzó un nuevo grito y entonces sonó una extraña detonación ahogada en la distancia.

Del cañón de la pistola del muñeco surgió una nube de humo y María Antonieta se tambaleó.

Claude seguía observando la escena aterrado, subyugado por aquellas imágenes irregulares, envueltas de una atmósfera extraña, como de pesadilla.

María Antonieta se agarró a un cortinaje que colgaba al lado de la ventana y al final se desplomó en el suelo, desapareciendo de los ojos de Claude.

El muñeco se aproximó a la ventana y guiñó un ojo a Claude.

¡Era espantoso! Algo que hizo enloquecer momentáneamente a Claude, que huyó de la habitación.

Al salir de la estancia hacia el comedor tropezó con Claudel, el criado impertérrito, que le miró con la misma frialdad de siempre.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó.

Pero Claude estaba demasiado agitado para contestar y salió a la calle sin rumbo fijo.

En realidad no tuvo que andar demasiado porque un automóvil frenó bruscamente en aquel instante y de EL surgió el doctor Stassie.

—¡Claude! —exclamó.

—¡Doctor! —gritó a su vez el dueño de la mansión—. ¡Ha sido horrible!

—¡Vamos, cálmate, Claude! ¿Qué ocurre ahora? ¿Otra de tus visiones?

—¡No ha sido una visión, doctor! ¡Dios mío, necesito tomar algo inmediatamente!

Luego, en la propia casa del doctor, Claude tomó un preparado que le dio Stassie.

—En mi opinión, ya has bebido demasiado esta noche. Esto es un contraveneno que te hará bien... Y no vuelvas a beber tanto.

—Me trata como si fuera un borracho o un visionario.

—¿Quieres contar a la policía lo mismo que me has contado a mí?

Por el camino el joven había explicado aquella extraña visión, y el médico le había escuchado en silencio.

Ahora, después de que Claude se hubo tomado el preparado, Stassie añadió:

—¿Quieres ir a la policía y explicar todo esto?

—¡Lo he visto!

Y tras un silencio añadió:

—Comprendo. No van a creerme... Y estoy seguro de que allí... no ha ocurrido nada.

—¿Lo ves?

—No. No me entiende, doctor Stassie... Allí sí ha ocurrido, pero es un truco. Sé que es un truco. Tratan de asustarme. Lo presiento.

—¿Y por qué crees que tratan de asustarte? —preguntó Stassie tranquilamente.

—No lo sé —vaciló Claude—. De veras que no lo sé... Yo... Yo no he hecho nada malo. No sé lo que ocurre, doctor...

Se hizo un largo silencio. Stassie parecía estudiar las más íntimas reacciones del joven que de pronto prorrumpió en una exclamación:

—¡Doctor! Alguien más debe conocer mi horror a los muñecos... Usted... lo sabe... Usted conoce mi propensión a asustarme con esos pequeños monstruos... Pero... debe de haber alguien más...

—De acuerdo, Claude. Puede que otras personas estén enteradas de tu complejo... Pero insisto en mi pregunta de antes: ¿Qué pueden perseguir esas personas?

Tras no saber qué contestar, Claude soltó una pregunta espontánea:

—Doctor... Dígame una cosa... ¿Qué estaba usted haciendo en la calle Germy, cerca de mi casa?

El médico miró fijamente a Claude sin contestar a su inesperada pregunta.

CAPÍTULO VI

Era ya muy tarde cuando Stassie y Claude regresaron.

El doctor acompañó al joven hasta su mansión y pasó a su habitación. A través de la ventana observó la casa de enfrente. Estaba totalmente a oscuras y no existía el menor signo de que allí hubiese ocurrido nada.

Stassie se volvió hacia Claude.

—Ya lo sabes. Vine para ver si todo estaba en orden. Tengo ciertas obligaciones hacia ti... Es un encargo de tu tío Sebastián...

—¿Mi tío? —inquirió Claude.

—Sí, Claude. Me dijo que me ocupara de ti.

—No... No entiendo —murmuró el joven, cuyo aspecto seguía siendo el de una persona atemorizada.

—Bueno. Es fácil de entender —sonrió el médico.

—¡Ya! Mi tío creía que yo no estaba bien de la cabeza. ¿No es eso, Stassie?

—Yo no he dicho eso...

—¿Qué más le dijo mi tío...? Tenía una gran confianza en usted, ¿verdad?

—Cierto. Y debía tenérmela. Fui su médico...

—¿Qué más le dijo?

—Me contó otras cosas que no estoy obligado a revelar... Ni obligado ni autorizado —repitió el médico ante el movimiento que hizo el joven para atajarle.

—¿Qué cosas? —inquirió Claude con un hilo de voz—. ¿Qué cosas le dijo el viejo que yo no pueda saber?

El doctor, de modo fugaz, tuvo el recuerdo de las palabras de Sebastián de Boudricourt:

«Me están envenenando...»

Y pensó en la historia que el moribundo le reveló.

Lo único que ignoraba Stassie es que la relación del viejo tuvo

un testigo tras la puerta de la alcoba.

El testigo había sido el fiel Claudel, siempre atento tras las puertas...

El médico volvió a la realidad y añadió a lo que había dicho:

—Lo siento, muchacho... no puedo decirte nada, excepto que duermas tranquilo. Has sido víctima de una pesadilla, por eso te recomiendo que no bebas demasiado, que hagas una vida reposada, que te sosiegues... No ocurre nada, absolutamente nada.

No. No ocurría nada, y nada ocurrió en la mansión Boudricourt aquella noche.

La mañana siguiente ya fue otra cosa. Por lo menos, los periódicos que Claudel subió al joven llevaban noticias. ¡Y qué noticias!

Claude las leyó tomando el desayuno.

Se le atragantó el *croissant*.

—¿Eeeeh?

Destacado en un recuadro de la primera página pudo leer al mismo tiempo que se estremecía:

MARÍA ANTONIETA ASESINADA

Por supuesto el título era una elucubración del encargado de poner los titulares, porque en el breve comentario se añadía:

«Un vagabundo disfrazado de mujer, con ropas que pudieron haber pertenecido a María Antonieta, ha sido hallado asesinado a orillas del Sena».

En la página correspondiente seguía una breve información. El vagabundo carecía de documentación y no había podido ser identificado. El misterio residía en aquel extraño y estrafalario disfraz.

Claude Boudricourt ya no quiso continuar con su desayuno.

En su mente se forjó una tajante respuesta acerca del misterio.

«Yo vi ese asesinato... Yo lo vi... Fue en el taller de muñecos de la casa de enfrente...»

El criado, estirado e impertérrito, permanecía cerca de Claude, como si aguardara órdenes.

En la comisaría del distrito, el titular de la misma dio una orden:

—Que pase, Jacques.

Jacques Mercier era el joven de aspecto despreocupado, de la chaqueta deportiva y del jersey de cuello de cisne que últimamente salía con Nicole, conocida en el mundo del circo como Leonora.

—¿Me llamaba, señor?

—Sí. Encárguese de eso.

Jacques sonrió.

—¿Tiene algo que ver con la investigación que estoy realizando?

—No lo sé, Jacques... Usted debe averiguarlo, pero no se tome eso como un ensayo. Ahora va en serio. Se ha cometido un asesinato.

—Sí, sí. Ya lo he leído en los periódicos... Pero ¿qué tiene que ver con...?

—¿Qué ha averiguado usted sobre la señorita Nicole Lebourcier?

—Pues... aún nada, señor.

—Bien. Pues adelante. Le doy un par de días. Me parece que soy generoso.

Jacques silbó y pidió disculpas. Luego salió con un coche oficial para reunirse con los agentes que habían llevado a cabo las primeras investigaciones.

Su ruta le hizo convergir por las proximidades del circo ambulante, cuya carpa sobresalía entre las bajas edificaciones del lugar.

Pensó en Nicole y sonrió.

—Humm. —Se limitó a murmurar para sí mismo.

CAPÍTULO VII

—¡Balzac! —exclamó uno de los agentes que habían dado inicio a las investigaciones previas—. El hombre de ese vagabundo era Balzac. Al menos es así como era conocido.

Jacques se encogió de hombros.

—Balzac es sólo un nombre. ¿A qué se dedicaba?

—Bueno, su nombre auténtico parece ser Dumont... He llamado a la central para que le busquen en los ficheros. Seguramente encontraremos cosas interesantes —repuso uno de los dos interlocutores de Jacques.

Se hallaban en un lugar cerca del río, en una zona de casas antiguas condenadas a la desaparición. Toda la policía de París sabía que aquél era un lugar infestado de maleantes.

—Balzac o Dumont debía tener amigos, ¿no? —preguntó Jacques mirando en derredor, y después sin esperar que le contestaran preguntó nuevamente—: ¿Dónde fue encontrado?

Uno de los agentes le indicó el lugar a la orilla del río y añadió:

—Ahí. Pero parece que no es aquí donde dispararon contra EL. Le trasladaron... desde otro sitio.

—¿Tratan de despistarnos?

Los otros se encogieron de hombros.

En uno de los coches oficiales sonó el teléfono. Llamaban a Jacques.

Del gabinete de identificación informaron.

—Balzac es un alias. El nombre completo es Anatole Dumont. Ha utilizado otros nombres, pero llevaba más de cinco años con el de Balzac. Está reclamado por pequeños delitos: carterista, encubridor, perista, pequeños robos... Bueno, ¿quieres que te lea toda la lista?

Jacques cortó:

—Lo que quiero saber son los nombres de sus amigos. Eso es lo

más importante para empezar la búsqueda.

—¡No fue una visión, doctor Stassie! Usted mismo puede verlo... ¡Ese disfraz lo vi yo a través de la ventana!

El doctor Stassie concluyó su primer café de la mañana.

Todavía con el pelo revuelto y el batín que se había puesto al levantarse de la cama, estuvo atendiendo a Claude y escuchándole. Al mismo tiempo leyó la información del periódico. Después, reposadamente murmuró:

—De acuerdo. Has presenciado un asesinato... Vamos a suponer que se trate del mismo asunto...

—El muerto iba con un disfraz de María Antonieta, y era un hombre... En eso no me fijé bien, pero tiene que ser el mismo —repuso Claude atribuladamente.

—Entonces iremos a la policía.

—No me gustaría... no me gustaría verme mezclado en un asunto de esta índole... Mi familia nunca tuvo que ver con la policía...

—Lo sé, lo sé... Y tu abuelo hubiese reprochado mi decisión, pero ahora el caso puede ser serio.

—Está... ¿está decidido a ir a la policía? —preguntó Claude intentando calmarse a sí mismo.

—¿Qué crees que puedo hacer, Claude?

El joven no respondió.

—Procuraré no mencionar tu nombre... Es decir... Diré que prefiero guardar el secreto. La policía sabe ser discreta, Claude. Déjalo en mi mano. No olvides que debo cuidarte.

Claude asintió, añadiendo:

—Yo le acompañaré, doctor... Creo... creo que es mi obligación.

—Como quieras —repuso el médico—. Y no te preocupes. Tal vez vamos a hacer un buen servicio a la justicia. Eso es obligación de todos los ciudadanos.

Jacques había regresado y estuvo presente cuando el doctor Stassie, acompañado del joven Claude, explicaron lo ocurrido.

Jacques, tras el relato, hizo una pregunta:

—¿A qué hora presencié usted... ese extraño y teatral asesinato, señor de Boudricourt?

—No sé... No recuerdo la hora —repuso el joven—, pero debían

ser más o menos cerca de las once.

—Las once... Eso concuerda —repuso Jacques—. Según el forense, el asesinato tuvo lugar entre las diez y las once. Es lo máximo que ha podido precisar dado el tiempo transcurrido...

El comisario intervino:

—De acuerdo, pero no hay que olvidar que el señor de Boudricourt asegura que el asesino fue un muñeco... ¿No es así?

—Sí, sí —manifestó nerviosamente Claude—. Exactamente... Viste como Luis XIV.

Tras un silencio el comisario mostró una fotografía de archivo a Claude.

—Ahí tiene a su Luis XIV... ¿Le reconoce?

En el retrato aparecía un hombre con aspecto bohemio que podría tener cuarenta o cincuenta años. Su edad quedaba algo confusa. Parecía jovial y alegre.

—¿Es... éste? —indagó Claude dejando el retrato sobre la mesa del comisario.

—Sí. ¿Le conoce usted?

Claude vaciló, y el doctor Stassie miró suplicante al policía, murmurando:

—Mi cliente y amigo está un poco trastornado...

—¡Le conozco! —exclamó Claude—. Conozco a este hombre. Sé que alguna vez estuvo en casa de mi tío. Pregunten a Claudel. Es el criado. ¡EL tiene que conocerle también!

Todos los reunidos se miraron en silencio. Claude de Boudricourt quedó cabizbajo, tembloroso, como preso de un ataque neurótico que tratara de dominar.

CAPÍTULO VIII

Claudel, el criado de la mansión Boudricourt, asintió:

—En efecto. Ese hombre vino algunas veces a esta casa. —Y devolvió el retrato que Jacques le había entregado para que lo identificara, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Sabe usted la relación que traía a ese individuo con el señor de Boudricourt?

—Mi amo, señor —repuso el criado—, era un caballero muy bondadoso. Le gustaba hacer dádivas...

—Ese individuo del retrato... ¿venía a pedir limosna? —preguntó el policía.

—Lo único que sé, señor inspector, es que mi amo, el señor de Boudricourt, favorecía a algunas personas, incluido a ese individuo que usted me ha mostrado.

—¿Le daba dinero?

—En efecto.

—Bien, bien... —murmuró Jacques y se volvió hacia Claude de Boudricourt que había permanecido mudo durante el breve interrogatorio, juntamente con el doctor Stassie.

—Ustedes... no sabían nada de esto, ¿verdad? —Siguió Jacques tras el breve silencio.

El doctor negó con la cabeza.

—Era seguramente el mejor amigo de Sebastián, pero forzosamente no tenía por qué contármelo todo.

Claude negó a su vez:

—Yo tampoco sabía nada.

Jacques no hizo más preguntas. Para sus adentros sólo había algo que le preocupaba y que comentó con el colega que le había acompañado a la mansión.

De regreso lo dijo:

—Este asunto es más complicado de lo que parece a simple

vista... ¿Qué habéis descubierto en el taller?

—Nada. No hay ninguna huella de sangre. Si se cometió un crimen, han sabido disimularlo muy bien...

—¿Qué se ha averiguado de Sthendal?

—Hace tiempo que no vive aquí. El taller sigue siendo suyo, pero ya no trabaja en EL.

—Humm. Entonces... ¿por qué miente Claude de Boudricourt? EL dice que ha visto esos muñecos por la noche... A uno concretamente. A Luis XIV.

—Pues en la casa no hay nadie. Lo hemos mirado bien... Y por supuesto... ese Luis XIV no existe —repuso el acompañante de Jacques.

Luis XIV estaba vivo... ¡Y bien vivo!

Al menos en el circo ambulante, a orillas del Sena, y en la pantomima que se estaba desarrollando ante los escasos espectadores, Luis XIV, el mismo Luis XIV que Claude había descrito, revivía una escena de su época moviéndose al compás de los hilos que empuñaba Nicole, para todos la gran Leonora.

El público aplaudió levemente el final de la representación que bajo la luz negra hábilmente preparada había hecho volver a la vida aquellos personajes de cartón-pasta.

Sthendal, mezclado entre la gente, se dirigió hacia el exterior para ir al encuentro de Nicole.

En el carromato estaba sonando el teléfono, y el payaso lo tomó.

—¿Nicole...? —preguntó—. ¡Oh, sí! Ahora viene...

Nicole estaba junto a la puerta hablando con Sthendal, al que despidió rápidamente.

—Es para ti —le dijo el payaso preparándose para su número, y la muchacha tomó el auricular para escuchar al otro lado del hilo la voz de Jacques disculpándose.

—Lo siento, querida... Esta noche no podré ir a buscarte. De veras que lo lamento.

—No importa, Jacques —repuso ella—. Ya nos veremos en cuanto puedas.

—Eres muy comprensiva —repuso Jacques.

Se despidieron.

El payaso iba a salir para cruzar el pequeño trecho que le separaba de la entrada de la autopista. La miró a ella y murmuró:

—No deberías salir con EL. Es policía.

—¿Y qué? —repuso Nicole con un brillo maligno en sus ojos.

—Tú sabes lo que te haces, hermana, pero no me gustaría que...

—Déjame en paz. ¿Quieres? Déjame en paz... —repuso ella.

El payaso se marchó resignado a cumplir con su tarea de hacer reír a la gente.

Jacques Mercier salió de la cabina telefónica y se reunió con sus dos compañeros de investigación, se hallaban en una calle de Montmartre.

—Es esa casa —indicó uno de los agentes, e indicó la tienda de un anticuario en cuyo escaparate predominaban cuadros de pintores sin ningún renombre ni prestigio y antiguallas baratas de escaso valor.

—¿Seguro que es aquí? —inquirió Jacques dando una ojeada general a la calle desierta.

—Alguien vio últimamente a Balzac frecuentar esta casa. El anticuario que vive ahí tiene que conocerle. ¿Le despertamos o prefieres esperar a mañana?

Jacques lo pensó unos instantes y al fin decidió:

—Ahora mismo. Cuanto antes mejor. Apuesto a que ese tipo no duerme.

Se dirigieron hacia la tienda. Una puerta de rejas les cerraba el paso, si bien permitía ver todo cuanto se exponía en el escaparate. Llamaron.

Un viejo apareció al fondo de la tienda enfundado en un raído batín.

—¿Quién llama a esas horas? Ya voy, ya voy...

Los agentes insistieron, hasta que el propietario de la tienda encendió las luces y por fin habló.

—Policía —se presentó Jacques.

—¿Policía? ¿Qué demonios quiere la policía de mí? Yo no tengo nada que ver con la ley. Mi negocio es legal. ¿Qué mosca les ha picado?

El viejo siguió refunfuñando mientras abría la puerta.

Jacques entró echando un vistazo general al desorden interior. Le llamó la atención una colección de muñecos y de cabezas de cartón que se hallaban sobre un mostrador del fondo.

«¡Muñecos!», pensó.

Pero lo que más le intrigó fue la sensación de que uno de aquellos muñecos se movía sigilosamente tratando de escurrirse por detrás de los demás.

CAPÍTULO IX

—Bueno. Ustedes dirán por qué me han molestado a estas horas —masculló el anticuario.

Los dos agentes compañeros de Jacques no hicieron ninguna pregunta, porque ambos habían vuelto la mirada hacia los muñecos.

Jacques, por su parte, se apresuró a cortar la retirada al pequeño fantoche que se movía detrás de un mostrador.

—¡Quieto! —exclamó moviendo rápidamente su mano hacia la funda en la que descansaba su revólver.

Entonces, de entre aquel carnaval de máscaras y muñecos, apareció la diminuta figura de Marcel, el enano.

—¡No, no! —gritó—. No dispare.

—¡Vaya! ¡Mirad quién está aquí! —sonrió Jacques.

—¡Si es un viejo conocido del comisario Murat! —exclamó uno de los agentes.

—¿Te diviertes jugando con esas máscaras, Marcel? —preguntó Jacques.

—Marcel vive conmigo —se apresuró a explicar el anticuario.

—¿Por qué tratabas de esconderte, amigo? —inquirió Jacques.

—Yo no trataba de esconderme... Estaba aquí simplemente. Esto es todo. —Se defendió el enano.

—Tú te escondías por algo, amiguito. De lo contrario no hubieses intentado escabullirte que era lo que estaba haciendo. ¡Vamos! ¡Contesta!

—Yo no sé nada.

—¿No sabes nada de qué, Marcel? —sonrió Jacques.

El enano retrocedió.

—Vamos, vamos. ¿Con quién trabajas ahora? Es mejor que contestes, si no quieres entendértelas con el comisario Murat.

—Dile que yo no tengo nada que ver con la policía —repuso el enano dirigiéndose al anticuario.

Pero el propietario de la tienda guardó silencio. Esperó a ser preguntado y Jacques le complació.

—Bien, bien. Queréis haceros rogar... Y vais a decirme que no sabéis nada de la muerte de María Antonieta.

El anticuario y el enano se dirigieron una mutua mirada. Jacques aclaró:

—María Antonieta... O Balzac si lo preferís. Balzac vivía aquí, ¿no es cierto?

El anticuario, tras un leve carraspeo, confesó:

—Bueno. Le di cobijo algunas veces. No tenía donde dormir y yo...

—Y tú conviertes tu casa en un hotel. ¿No es así? —sonrió Jacques.

—Yo no hago preguntas. Si me piden un favor y puedo hacerlo lo hago —respondió el anticuario.

—¿Y no sabes nada de la muerte de Balzac?

—Lo leí en el periódico —confesó el anticuario—. Pero no sé nada más. Palabra. No sé nada más.

El enano aprovechó la ocasión de que los tres agentes parecían estar pendientes del anticuario para escabullirse. Su escasa estatura, combinada con una agilidad poco común, le permitió alcanzar la puerta de la calle que había quedado abierta.

—¡El enano, se escapa! —gritó uno de los agentes.

—¡Seguidle! —ordenó Jacques.

El enano había enfilado la calle en sentido descendente, perdiéndose por la primera esquina.

—¡Maldito liliputiense! —rezongó uno de los agentes.

Dos calles más allá los agentes habían perdido por completo el rastro de Marcel.

Cuando los dos hombres regresaron a la tienda del anticuario, éste se mantenía firme en su declaración:

—Yo no sé nada de nada. Lo único que puedo decirles es que Balzac durmió en mi casa un par de noches. Pero ignoro a qué se dedicaba y si estaba en tratos con alguien, ¡lo juro!

—¿Y por qué ha huido el enano? ¿Tampoco sabes nada de EL? —increpó Jacques.

—Marcel es un pobre infeliz. Siempre tiene miedo. ¡Es un estúpido! No tenía por qué haber huido.

—Bien, amigo. Tendrás que acompañarnos. Vamos, vístete y no hagas ninguna tontería. ¿De acuerdo?

El anticuario refunfuñó algo entre dientes mientras se dirigía al interior de la casa para vestirse.

Jacques, con un gesto indicó a sus compañeros que le siguieran.

El comisario Murat se reunió con Jacques Mercier para informar.

—Nada. O sabe mentir muy bien, o ese hombre dice la verdad. Pero me gustaría saber por qué demonios escapó el enano.

—A mí también, señor —repuso Jacques—. Y lamento que se nos haya escapado... pero supongo que no será nada difícil dar con EL.

Un subordinado entró con unos papeles en la mano:

—Señor comisario. Éstos son los informes que usted ha pedido con respecto a los Boudricourt.

—Muy bien, los veré enseguida.

—¿Algo nuevo, señor? —inquirió Jacques.

—Hay algo oscuro en todo este asunto y quiero reunir todos los detalles posibles.

—¿Necesita algo más?

—No, Jacques. Descanse usted. Necesitará estar en forma muy pronto. Lo presiento.

Jacques iba a necesitar de su plena forma mucho antes de lo que imaginaba el comisario, porque en aquel momento una llamada telefónica iba a precipitar los acontecimientos.

Un policía informaba a través del teléfono:

—Señor... Se trata de Balzac.

—¿Han descubierto algo? —inquirió el comisario.

—Anoche tuvo una pelea con cierto individuo llamado Nolan. Según parece desde ese momento ya no se le volvió a ver.

—Hay que buscar a ese Nolan —ordenó el comisario.

—Sí, señor.

—Dígame dónde está usted exactamente. Jacques Mercier vendrá inmediatamente.

En cuanto el comisario obtuvo las señas, Jacques ya estaba en pie dispuesto a partir.

Con una sonrisa el agente comentó:

—Parece que tendré que prescindir de mi descanso, señor.

CAPÍTULO X

Dos coches de la gendarmería acordonaron la zona que todavía permanecía abierta.

—Ahí es donde Nolan suele venir todas las noches.

—¿Alguien le conoce? —inquirió Jacques.

El policía de uniforme negó con la cabeza.

—No, señor. Y desconocemos su descripción. El confidente no quiso arriesgarse.

—Bien, vamos a ese bar. Cubran todas las salidas y vigilen las esquinas —ordenó Jacques.

Enseguida el agente encargado del caso, Jacques Mercier, penetró en el establecimiento.

Sólo una mesa estaba ocupada por un par de bebedores silenciosos.

El encargado no se movió de detrás del mostrador cuando vio entrar a la policía.

—¿Dónde está Nolan? —inquirió uno de los policías uniformados.

Nadie contestó.

Jacques observaba atentamente el local, y eligió la puerta del fondo para examinar la trastienda.

Pudo comprobar que además de los retretes, había otra puerta que daba a un patio interior, y una segunda puerta que conducía al almacén.

Dio la vuelta al conmutador de la luz y entonces vio la escalera que subía hacia el piso superior. Se precipitó hacia ella tomando todas las precauciones.

Se detuvo en el rellano. Allí estaba la entrada de la vivienda. Iba a llamar cuando una corriente de aire hizo batir otra puerta situada en el tramo de más arriba.

Revólver en mano Jacques subió los peldaños hasta llegar a la

azotea.

Tuvo la sensación de que alguien acababa de escapar por allí. Salió corriendo y tuvo tiempo de ver una sombra saltar a otro terrado contiguo.

—¡Alto! —gritó el agente.

Corrió hacia el borde del terrado y a lo lejos, entre la oscuridad, vio la sombra saltar hacia otra azotea.

Una voz susurraba:

—¡Espérame, Nolan!

¡Era el enano!

Marcel, el liliputiense, seguía a un tipo vestido con pantalón y jersey negros que se escabullía entre las chimeneas y las cornisas.

—¡Alto! —volvió a gritar Jacques y para llamar la atención de sus hombres disparó al aire sin dejar de correr.

Alcanzó al enano que al oír los disparos levantó las manos asustado. No había podido saltar.

—¡Vaya! —exclamó Jacques—. El mundo es un pañuelo. ¿Eh, amiguito? Bueno, vamos. Espero que ahora seas mucho más explícito.

Otros agentes se reunieron con Jacques, pero nadie había visto al fugitivo.

Los que esperaban abajo tampoco dieron con EL.

—De momento tenemos a éste —dijo Jacques—. ¡Andando!

El comisario Murat acababa de leer el informe sobre los Boudricourt y marcó un número de teléfono. Esperó respuesta y pidió unos datos.

—Sí. Ya sé que es muy tarde, pero yo todavía no me he acostado. Si es tan difícil conseguir lo que pido, esperaré hasta mañana a primera hora.

—Un momento —replicó la voz del teléfono.

El comisario esperó hasta que la voz del encargado del archivo informó:

—El Fondo de Ciencias experimentales está regido por una sociedad que preside el doctor Stassie. Éstos son los datos que tengo, señor.

—Bien, gracias —repuso el comisario y colgó para releer algo de aquel informe, referente a la herencia del difunto Sebastián de Boudricourt.

«... Si mi sobrino prefiere vivir por su cuenta, lejos de esta mansión, orgullo de mi existencia, entonces, toda la herencia íntegra, mis propiedades y pertenencias y cuánto legítimamente poseo pasará al Fondo de Ciencias Experimentales».

El comisario dejó a un lado el informe y murmuró para sí.

—Y el Fondo de Ciencias experimentales está presidido por el doctor Stassie... Esto es muy interesante. Sí. Muy interesante.

CAPÍTULO XI

—Prácticamente el Fondo es cosa mía —explicó el doctor Stassie al agente Jacques.

Eran las nueve de la mañana y el policía no había dormido en toda la noche. Bostezó excusándose seguidamente.

—Es duro su oficio, ¿eh? —sonrió el médico.

—Más de lo que muchos suponen, doctor, pero sigamos... sigamos.

—¿Qué más quiere saber?

—Bien, usted fundó ese instituto pero según parece escasean los fondos.

—Digamos que no hay mucha colaboración. No depende del Estado. ¿Comprende? Las investigaciones científicas son de carácter absolutamente privado.

—De modo que si no hay dinero... —interrumpió el agente.

—No son posibles las investigaciones —sonrió el doctor—. Eso no es descubrir nada nuevo. ¿No le parece?

—Claro, claro... Pero supongamos que por alguna razón Claude de Boudricourt es incapacitado para hacerse cargo de la herencia que le ha legado su tío.

—¿Incapacitado? —preguntó el médico enarcando las cejas.

—Pues sí. No sería tan extraño... Ve muñecos que asesinan a María Antonieta y cosas por el estilo.

—Conozco a Claude, inspector. Sufre un desequilibrio nervioso, pero está perfectamente capacitado para recibir la herencia.

—Siempre que cumpla lo dispuesto en el testamento. O sea que viva durante un año en esa mansión de la calle de Germy.

—Sí.

—Una mansión muy a propósito para que los nervios del heredero empeoren.

—Inspector... Creo que empiezo a comprenderle.

—¿De veras?

—¿Intenta decirme que alguien puede pretender que Claude enloquezca?

—Bueno.

—O que se le pueda declarar incapaz de administrar la herencia; en cuyo paso la Fundación que yo presido saldría beneficiada. En otras palabras... sospecha de mí.

—Yo no he dicho tanto, doctor.

—Lo ha insinuado. Y éste es el verdadero motivo de su visita.

Jacques se puso en pie y echó un vistazo a la bien nutrida biblioteca del doctor.

—Siento haberle molestado, doctor. Yo me limito a cumplir con mi deber. Usted mismo ha reconocido la dureza de mi oficio.

—Le deseo suerte en la resolución de este caso, inspector. Pero esta vez ha tomado una dirección equivocada. Y créame, me gustaría saber que se esconde detrás de todo esto.

—¿De veras no puede ayudarme, doctor? —preguntó Jacques mirando fijamente al médico.

En el puesto de policía y tras una noche de resistencia, el enano Marcel acabó por confesar:

—Nolan es amigo mío. Me ha ayudado algunas veces, pero yo no hice nada.

—Sigue, muchacho, sigue. ¿Cómo te ayudó Nolan? O será mejor que empieces por el principio.

El enano, agotado ya, continuó con su declaración:

—Conocí a Nolan en un circo. EL consiguió que me dieran trabajos... Aquellos fueron buenos tiempos.

—¿Un circo? ¿Qué circo?

—EL Continental.

—¿Cuánto hace de esto?

—Cuatro años —siguió el enano.

—Muy interesante, sigue...

Otros agentes cuidaron de recoger las declaraciones del enano, mientras el que había obtenido la primera información pasaba al despacho del comisario para informar.

—Circo Continental —repitió el comisario y añadió seguidamente como si hablara consigo mismo—: Esto ya empieza a tener una relación. ¡Que me avisen inmediatamente cuando regrese

Jacques!

Jacques tardó todavía unos diez minutos y lo primero que le dijeron no fue muy esperanzador.

—Malas noticias, compañero. El jefe te reserva un nuevo trabajo. Apuesto a que no vas a poder dormir.

Cuando instantes después Murat le hablaba del circo Continental Jacques ya no pensaba en el descanso. Su mente estaba ocupada por un nombre femenino: Nicole.

Jacques, en compañía de sus dos colegas, fue directamente al carronato del director y dueño del circo.

—Sí. Yo soy el dueño —confesó un tipo de baja estatura con aspecto de fracasado—. Éste había sido un circo muy importante, aunque ahora lo vean un poco abandonado. La gente pide buenas atracciones y hay que pagarlas. Lo confieso, señores. Esto va mal. Pero ¿en qué puedo servirles?

—Hablemos de Marcel y de un amigo suyo llamado Nolan. Ambos trabajaron aquí hace unos cuatro años.

—Sí, en efecto —repuso el propietario y se sentó cabizbajo como si recordar aquello constituyese para él, algo muy penoso que prefería olvidar.

Tras el silencio, Jacques insistió:

—¿Y bien? Estamos esperando.

—Fue durante una gira a América. A Estados Unidos —empezó el empresario—. Es posible que ustedes no estén enterados, pero...

Tras una breve pausa, el hombre añadió:

—Se cometió un crimen en mi circo. Un crimen que ha quedado impune.

Jacques cambió una mirada con sus dos compañeros.

CAPÍTULO XII

El sol de la mañana proyectó sobre el suelo, cerca del carromato del dueño del circo, una sombra que se aproximaba lentamente hacia la puerta.

Jacques, junto con los agentes, seguía en el interior frente al hombre que muy apenado se mesaba los escasos cabellos que poblaban su cabeza.

—No quisiera ningún escándalo, señores. Esto es agua pasada y sucedió lejos. La policía francesa no tiene nada que ver...

—Tal vez —atajó Jacques.

—No... Ustedes no pueden investigar esto aquí. Ya les he dicho que ocurrió en Estados Unidos.

Jacques sacó una nota del bolsillo y mostrándosela a su interlocutor murmuró:

—Hace algún tiempo recibimos este anónimo. No es muy explícito pero se lo voy a leer:

«EL crimen cometido hace cuatro años en la ciudad de Chicago sigue impune y el asesino es francés».

—¿Quién escribió esto? —inquirió el dueño del circo pegando un brinco.

—No lo sé. Sin embargo no ha sido casualidad que yo frecuentara su circo últimamente. Supongo que me habrá visto salir con la señorita Nicole. Oficialmente no puedo hacer nada, puesto que se habla de un asesinato cometido fuera de nuestra jurisdicción, pero el circo es francés y lo son todos sus componentes. ¿No es así?

La sombra estaba pegada a la puerta del carromato. Uno de los agentes, compañero de Jacques, se había dado cuenta y se aproximó lentamente.

—¿De veras no escribió usted este anónimo? —preguntaba

Jacques en aquellos momentos.

EL dueño del circo guardó silencio y el otro agente tiró de la puerta descubriendo a quien trataba de escuchar furtivamente.

Era Nicole.

Jacques se volvió hacia ella y por un momento ambos quedaron mirándose en silencio.

Lo rompió la muchacha para decir:

—Yo escribí el anónimo, Jacques... Y voy a contarte toda la historia.

—¡Por favor, un escándalo me hundiría! —protestó el propietario—. ¡Nicole! No debiste escribir esa nota. No debiste...

—¿Estás dispuesto a escucharme, Jacques? —inquirió ella mirando fijamente al policía, con un reto en sus ojos.

Jacques asintió.

Habían salido fuera del carromato, paseaban por la explanada lejos de oídos indiscretos. Estaban solos los dos, pero ahora no se trataba de una pareja que flirtea, el asunto era serio y ningún otro sentimiento parecía unirles.

—Durand, el actual propietario, no es más que un pobre hombre —empezó ella—. Siempre le ha faltado espíritu, pero hubo un tiempo en que las cosas le fueron mejor.

—¿En América? —inquirió Jacques.

—Sí. Antes de marchar se asoció con alguien... alguien que tenía mucho dinero y que puso como condición llevar el circo fuera de París... Hicimos una gira por Francia y luego cruzamos el Atlántico.

—¿Puedo saber quién era ese socio? —preguntó el policía interrumpiendo a la muchacha.

Ella le miró durante unos instantes dubitativa.

—Creo que ahora ya no importa que se sepa —susurró y luego añadió—: Era un hombre rico, pero deseaba ocultar su personalidad. No quería que se supiera que había invertido dinero en un circo. Sin duda su posición o su alcurnia se lo impedían.

Después añadió:

—Ese hombre se llamaba Sebastián de Boudricourt.

EL agente asintió pensativo, y luego dejó que Nicole continuara.

—Sebastián estaba enamorado de mí.

—¿Te lo había confesado?

—Hay cosas que una mujer las adivina sin que se las digan —

repuso ella.

—Continúa.

—Aparte de la diferencia de edad, yo no podía sentir nada por EL. Le apreciaba porque fue siempre una gran persona, muy correcto en todo momento y deseoso de complacer a todo el mundo. Especialmente a mí, pero yo ya estaba prometida. Mi novio era Rooster.

—¿Rooster?

—Bueno. Éste era su nombre artístico. Realmente se llamaba Georges Darui.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Jacques con vivo interés.

—Murió. Lo asesinaron en Chicago. Éste fue el crimen que ha quedado impune.

Tras una pausa, la mujer continuó con su relato.

—Rooster era ventrílocuo. Utilizaba unos graciosos muñecos para sus números. Yo le ayudaba.

—Un momento... Esos muñecos... ¿Los fabricaba Sthendal? —Requirió el policía.

Ella asintió.

—Bueno, bueno, continúa.

—Nolan ejecutaba un número de tiro. Era un experto en el revólver.

—Debe seguir siéndolo porque continúa con vida y ayer se nos escabulló —repuso Jacques.

—Por aquí no ha vuelto a aparecer. Desde que ocurrió aquello le despidieron.

—Sigue. ¿Cómo ocurrió ese crimen?

—Fue una noche después de la función. Todo estaba en silencio y de pronto sonó un disparo. Tardamos bastante en saber de dónde había surgido, pero al fin lo encontramos. Rooster había muerto. La bala que le dispararon le atravesó el corazón, y el arma homicida, un revólver de los que solía utilizar Nolan en su número apareció en... en la mano de uno de los muñecos de Rooster.

A través de los recuerdos de la muchacha, Jacques trató de imaginarse la escena en un carromato de circo allá en Chicago.

Un hombre muerto, con el corazón atravesado de un balazo, y frente a EL un muñeco de ventrículo empuñando el arma asesina.

Luego Nicole explicó el curso de las investigaciones, y como en

principio se quiso acusar a Nolan, pero éste tenía una buena coartada que le situaba lejos de la escena del crimen en el momento en que se cometió.

—Nolan fue dejado en libertad por falta de pruebas —siguió ella—. Y las posteriores investigaciones fracasaron totalmente. Durand despidió a Nolan porque no quería escándalos.

—¿Y Sebastián de Boudricourt? —preguntó Jacques—. ¿Qué actitud tomó?

—No quiso que le mezclaran en todo ese asunto. En realidad EL nada tenía que ver y como no figuraba en ninguno de los papeles pudo pasar inadvertido, pero desde entonces ya no volvió a aparecer y más tarde retiró su parte en el espectáculo.

—Resumiendo —murmuró el policía tras una pausa—. Te mataron al novio. Nolan el sospechoso quedó en libertad por falta de pruebas y Sebastián de Boudricourt desapareció por el foro como un actor que ya ha concluido su papel. Hizo mutis.

Luego añadió:

—¿Y durante este tiempo no has vuelto a saber de EL?

—Indirectamente sí.

—¿Cómo?

—Es que aún hay más...

—No te dejes nada, te lo ruego. Esto empieza a ir por buen camino, aunque es como un rompecabezas y habrá que saber colocar las piezas en orden. Continúa, continúa.

—EL sobrino del señor de Boudricourt.

—¡Claude de Boudricourt!

—Venía a verme alguna vez, incluso cuando estuve en América.

—Hummm.

—También estaba enamorado de mí.

—Interesante.

—Sabía que era inútil pretenderme porque yo quería a Rooster.

—Empiezo a sentirme celoso de ese Rooster.

—No bromees, Jacques. Yo no había conocido a ningún otro hombre y Rooster se portó muy bien conmigo en todo momento, y con mi hermano.

EL policía hizo un ademán ambiguo para que ella prosiguiera.

—Hablemos de Claude de Boudricourt. ¿Estaba en Chicago cuando se cometió el crimen?

—Estaba en una fiesta con su tío.

—¿Volviste a verlo después de aquello?

—Algunas veces; quiso que lo nuestro continuara, pero yo siempre le he dado largas. Cuando murió Sebastián me llamó por teléfono y le dije que lo olvidara todo.

—Bueno... confieso que ya me has dado bastante en que pensar. Ahora tendré que poner en orden mis ideas.

Regresaron en silencio por la explanada. El hermano de Nicole, el payaso triste les observaba sentado sobre unos tablones. Jacques le observó un momento.

—¿Qué le pasa? —preguntó a la joven.

—Nada.

—¿Siempre tiene esta expresión?

—Se cree fracasado. Tenía grandes sueños como todos los que nos dedicamos a esta profesión, ahora se siente viejo y cansado.

—Es tu hermano. No es tan viejo.

—Nos llevamos casi veinte años. EL tiene cuarenta y cinco. Se cree acabado. En realidad nunca ha tenido mucho éxito.

—Gracias por todo, Nicole. Debiste haberme dicho desde el primer momento que tu interés por mí era por saber lo que yo podía averiguar.

—¿Me dijiste acaso que eras policía?

—Yo cumplía una misión —repuso el joven mirándole intensamente a los ojos.

—Lo supongo.

EL se apresuró a añadir.

—Pero una misión no tiene nada que ver con los sentimientos propios. Cuando termine esto me gustaría volver a verte. Comprendo que has sufrido mucho, pero eres joven.

Ella sonrió sin pronunciarse. EL la miró con mayor intensidad. Luego, al alejarse, volvió los ojos hacia el hermano triste y fue a reunirse con sus compañeros.

CAPÍTULO XIII

Claude de Boudricourt se dirigió a su habitación para acostarse. Echó una furtiva mirada al ventanal del taller de en frente y lanzó un suspiro al comprobar que no había ninguna luz.

Se colocó el pijama y se dirigió a la cama. Normalmente el criado Claudel se la había preparado, pero aquella noche estaba aún intacta.

Al levantar la colcha lanzó un grito. Junto a la almohada, inmóvil y con la expresión estúpida propia de los muñecos, estaba Luis XIV.

—¡No! —gritó espontáneamente Claude.

Retrocedió como si se hallara ante un monstruo sanguíneo y llamó a voces a Claudel que apareció instantes después.

—¡Señor!

—¡Mira mi cama, Claudel! ¿Qué significa esto?

EL criado se aproximó y sonrió ante la presencia del muñeco.

—No sé, señor... No lo comprendo.

—¡Has sido tú! Sólo tú estás en la casa. ¿O es que ha venido alguien más?

—Le aseguro que no, señor. He pasado el día solo y usted ha estado en casa la mayor parte del tiempo.

—¡Entonces has sido tú!

—¡Por favor, señor! Jamás me atrevería —repuso el criado.

—Bueno. Ya hablaremos de esto. Llévate esté condenado muñeco lejos. ¡Tíralo! No quiero volver a verlo más —gritó Claude fuera de sí, a la vez que miraba al criado con ojos acusadores.

Claudel, erguido y parsimonioso, retiró a Luis XIV de la cama y aseguró:

—Haré lo que usted me ordena, señor.

Claudel tuvo una súbita idea y se volvió de su decisión:

—¡No! Espera. Déjalo aquí.

El criado obedeció y dejó solo a Claude de Boudricourt que cerró la puerta y se quedó mirando al muñeco que ahora yacía como un guiñapo sobre una de las butacas.

No se atrevía a acercarse, como si temiese que de pronto Luis XIV fuera a incorporarse y agredirle.

Al fin se decidió. Lo cogió entre las manos y lo examinó cuidadosamente. Fue entonces cuando tomó la decisión de vestirse e ir a ver al doctor Stassie.

Aquella misma noche, a pesar de lo avanzado de la hora, Claude de Boudricourt acudió a casa del doctor, al que obligó a levantarse de la cama.

El médico no pareció incomodarse por ello y recibió a Claude con la amabilidad de costumbre.

Escuchó a su paciente y amigo y luego tomó el muñeco que había llevado con EL.

—Ciertamente que Luis XIV tiene la estatura aproximada de ese enano que trabaja a veces con el fabricante de muñecos.

—Entonces ya no hay duda. Es el enano. Se disfraza con eso. EL mató a María Antonieta, quiero decir a ese vagabundo fichado. Y es EL quien aparece por las noches tras los cristales y se mueve.

—Hummm, lo que tú dices no es posible, Claude. Nadie puede enfundarse esto. Es demasiado estrecho y ningún cuerpo, por delgado que sea, pasaría por ahí. Además, tiene el cuerpo compacto, no es hueco. No, Claude, el misterio debemos buscarlo por otra parte, pero el enano, por mí, queda descartado. Claro que yo no soy policía. Deja que ellos se encarguen de resolverlo todo.

—No quiero que me tomen por loco, doctor Stassie. No acudiré a la policía. No. Pero alguien trajo el muñeco a mi casa y lo metió en mi cama, y esto tengo que averiguarlo yo.

Y el pensamiento de Claude estaba fijo en el criado.

Jacques había logrado descansar por fin algunas horas y tras una entrevista con el comisario Murat acordaron interrogar a Sthendal que había sido citado al efecto. Sthendal, el fabricante, era otro de los que parecía tener mucho interés en ocultarse, pero el anticuario de Montmartre que seguía detenido facilitó sus señas deseoso de colaborar con la policía para demostrar que nada tenía que ver con todo lo que estaba sucediendo.

Murat y Jacques interrogaron al fabricante de muñecos.

—Usted estaba también en Chicago cuando asesinaron a Rooster, el ventrículo —empezó Jacques.

—Bueno. Yo solía ir con el circo. Forma parte de mi trabajo. De este modo veo a mis muñecos en acción y... Esto es normal. Pero yo no tuve nada que ver con aquello.

Jacques atajó rápidamente:

—Sin embargo después de aquello desapareció. ¿No es así?

—Hummm... Fui interrogado como todo el mundo. La policía de Chicago me dejó en libertad. Comprendió que yo decía la verdad.

—¿Y entonces decidió montar su taller frente a la casa de Sebastián de Boudricourt?

—Bueno... Yo...

—Yo le explicaré porque lo hizo, Sthendal —añadió Jacques sin darle tregua—. Usted sabía que Sebastián de Boudricourt era socio secreto del circo Continental.

—Bueno sí, pero...

—Sabía también que Sebastián no quería ver su nombre mezclado en esta clase de negocios. En realidad no había nada malo en ello, pero por tradición su familia no veía con buenos ojos a los artistas y Sebastián de Boudricourt vivía apegado a las tradiciones. Era un hombre de otra época. Cuando ocurrió aquello dejó de participar como capitalista en el espectáculo y se retiró, seguramente dando la razón a sus antepasados y dando gracias también de que su nombre no se hubiera visto envuelto en el escándalo.

Sthendal escuchaba en silencio, mientras Jacques añadía:

—Pero usted lo sabía. Y pensó que aquello era una excelente oportunidad si sabía aprovecharla.

—No sé lo que quiere decir.

—¡Demasiado que lo sabe, Sthendal! —cortó Jacques—. Usted hacía chantaje al señor de Boudricourt.

—¡No!

—Sí. Le amenazó con contar a la Prensa o a quien quisiera oírle que había tenido que ver con el circo Continental, y a cambio de un prudente silencio le exigía dinero.

Sthendal palideció.

—No lo niegue —siguió Jacques—. Usted mandaba a un hombre

regularmente a cobrar en su casa. Ese hombre era un vagabundo que alguien disfrazó de María Antonieta y que luego asesinó. Le llamaban Balzac. Balzac era el encargado de cobrar el chantaje a Sebastián de Boudricourt.

Sthendal no contestó. Se hallaba vencido y no trataba tampoco de disimularlo.

Murat tomó parte para preguntar:

—¿Se da cuenta de que podemos acusarle de la muerte de Balzac?

—¡Yo no tuve nada que ver en ello! Lo juro. Es verdad que hacían chantaje al señor de Boudricourt, pero yo no maté a Balzac. Hay alguien más en todo esto.

—Estamos deseando escucharte, Sthendal. ¿Quién hay más? Cuéntalo todo —intervino nuevamente Jacques.

—Un hombre. El que vino el día del entierro de Sebastián de Boudricourt.

—¿Quién era ese hombre?

Sthendal dudó unos momentos.

—Después de dejar el féretro en el coche, uno de los que iban en el entierro cruzó la calle, supongo que dio un rodeo para que los otros no le vieran. Entró en mi taller y nos hizo una proposición.

—¿Quién era ese hombre, Sthendal? ¡Vamos! ¡Su nombre! —exigió el comisario Murat.

Sthendal tragó saliva y al final confesó:

—Es médico. Creo que se llama Stassie.

CAPÍTULO XIV

—¡Deprisa al Fondo de Ciencias Experimentales! —ordenó el comisario.

Había querido ir personalmente a entrevistarse con el doctor Stassie.

Naturalmente Jacques Mercier le acompañaba.

—Esto se está poniendo al rojo vivo —murmuró al joven—. Pero tengo la sensación de que estamos llegando al final.

—Ojalá tenga razón, Jacques. Yo todavía no lo veo demasiado claro. Hay mucha gente metida en todo esto. —Fue la respuesta de su superior.

El doctor Stassie recibió amablemente a los dos policías y no pareció en absoluto extrañado de su presencia.

—Pasen, pasen...

Les introdujo en su suntuoso despacho y les ofreció tabaco de una caja de piel que ambos policías rechazaron.

—Iré directamente al asunto, doctor —empezó el comisario Murat sin más preámbulos—. Hemos estado interrogando a Sthendal. Usted conoce a Sthendal. ¿No es cierto?

—¿El fabricante de muñecos? Por supuesto. Le conozco. —Y la expresión de Stassie cambió por completo.

Los tres hombres guardaron silencio durante breves momentos hasta que Murat lo interrumpió para soltar:

—Sabemos que fue a visitar a Sthendal y que estuvo hablando con EL, el mismo día que enterraron a Sebastián de Boudricourt.

—Bien. Puesto que están enterados de ello, supongo que de nada me serviría negar —sonrió Stassie arrellanándose en su sillón como si buscara la posición más cómoda.

—Hable, doctor Stassie. Usted nos ha ocultado muchas cosas —siguió el comisario.

—En efecto, señores, pero no tenía más remedio. Lo prometí a

mi cliente y buen amigo Sebastián cuando me hizo «aquella revelación».

—¿Qué revelación? —preguntó Jacques interviniendo.

—Fue poco antes de su muerte —repuso Stassie—. Estaba convencido de que alguien intentaba asesinarle.

Los dos policías cambiaron una mirada de sorpresa. Stassie continuó:

—Sí, señores. Sebastián no quiso que nadie lo supiera, pero la verdad es que le estaban envenenando.

En aquel preciso momento Claudel, el criado de los Boudricourt, asomó por la barandilla del piso superior de la casa para cerciorarse de que su nuevo amo no podía verle.

Claudel sabía que Claude de Boudricourt estaba encerrado en el despacho y fijó su atención en la puerta que permanecía cerrada.

Sigilosamente se volvió para avanzar hacia el corredor. En una de las sillas descansaba un personaje inanimado: Luis XIV. Lo tomó entre sus manos y sonrió.

—Estás realizando un magnífico trabajo, amiguito. Mejor que en un circo ante mucho público. ¿Verdad?

El muñeco permaneció con su rostro impasible y el criado siguió su camino hacia la habitación de Claude.

—Ahora voy a acostarte, majestad. ¿Te gusta esta cama? —sonrió enigmáticamente el criado.

Colocó al «Rey» entre las sábanas y luego lo cubrió con la colcha procurando disimular el bulto del muñeco.

—Bien... bien, así está bien.

De repente sonaron unas pisadas por el corredor. Claudel se encontró «cogido». No quería que su amo pudiera sorprenderle en la alcoba y trató de esconderse en el baño.

Claude entró en aquel momento. El criado acababa de cerrar la puerta del baño privado.

El dueño de la casa había advertido la maniobra y avanzó hacia la mesilla de noche, abrió un cajón y extrajo un revólver. A continuación se aproximó a la puerta del baño.

—¡Salga de ahí inmediatamente o voy a disparar! —gritó colocándose a un lado.

Esperó unos instantes y el criado apareció por el umbral murmurando:

—Soy yo, señor.

—¿Qué estabas haciendo aquí, Claudel? —preguntó Claude.

—Arreglar su habitación, señor.

—La habitación la arreglaste ya antes. ¿Qué buscabas?

—¿Es necesario que siga apuntándome con ese revólver, señor?

—inquirió el criado mirando con recelo el arma que Claude empuñaba con firmeza.

—¿Te das cuenta que pude haber disparado, Claude? Pude haberte matado confundíendote con un ladrón.

—Nunca han entrado ladrones en esta casa, señor.

Claude guardó el revólver en uno de los bolsillos de su chaqueta y de nuevo insistió en querer saber qué hacía el criado en su alcoba.

—Tú formas parte de la casa. No puedo despedirte en tanto no transcurra el plazo de un año fijado en el testamento, pero eso no te confiere impunidad para hacer cosas impropias de un servidor... — Y de repente Claude soltó—. ¿Dónde está el muñeco, Claudel? Cuando regresé de casa del doctor te dije que lo guardaras en el desván. ¿Dónde está?

Claudel vaciló. No quería responder.

El joven se volvió hacia la cama y murmuró:

—Abre la cama, Claudel.

Lentamente el criado obedeció. Entonces apareció el muñeco.

—Lo siento, señor —murmuró el hombre.

—¡Fuiste tú! La otra vez fuiste tú también... ¿Qué demonios pretendes, Claudel? ¿Qué persigues?

—Usted nunca quiso a su tío. EL era mi verdadero señor, porque ante todo era un hombre digno.

—¡Tú qué sabes! —Gruñó Claude.

—Sé todo lo que necesito saber, señor. Usted jamás le quiso. En el fondo siempre deseó su muerte.

—Estás propasándote, Claudel.

—No me importa, señor. Usted merece un castigo, y yo quise dárselo con ese muñeco. Sé el pavor que le inspiran, y por eso he tratado de asustarle. No era ninguna broma, señor. Era el deseo de verle sufrir de terror. Despidame si quiere. No me importa porque voy a ser yo mismo quien deje esta casa. No quiero servir a quien no lo merece.

El criado se quitó el mandil. Por primera vez había dejado su

aire frío e impenetrable para mostrarse tal cual era.

Arrojó el mandil al suelo y miró altivamente a su amo que en aquel momento había dejado ya de serlo.

—Búsquese a otro a partir de ahora. Le desprecio, Claude de Boudricourt. No es usted digno del apellido que lleva.

Claude quedó boquiabierto ante la decisión de Claudel que abandonó la habitación, dejando el mandil en el suelo y el muñeco sobre la cama.

Por más que el nuevo propietario de la mansión quiso hablar, no logró articular ninguna palabra.

CAPÍTULO XV

El doctor Stassie recibió la llamada telefónica cuando el comisario Murat y el agente Jacques se estaban despidiendo de EL.

Quién llamaba era Claude para informarle:

—Claudel acaba de abandonarme. Ahora sé que es EL quién pretendía asustarme poniéndome el muñeco en la cama. El mismo lo ha confesado.

—¿Y te ha dicho por qué lo hacía? —inquirió el médico.

—Por venganza. Es un estúpido. Quería atemorizarme. Celebro que se haya ido. Yo también me largaría si pudiera. Pero no quiero estar solo aquí. No lo soporto, por eso... quería pedirle un favor, doctor... ¿Le importaría dormir en mi casa? Hay habitaciones de sobra. Hasta que encuentre personal de servicio. Sé que le parecerá una estupidez, pero... Estoy muy nervioso, presiento que va a ocurrir algo.

—Bueno, tranquilízate, Claude. Prometí a tu tío cuidar de ti. Ven a almorzar conmigo. ¿Te parece bien el restaurante Muriel? Te espero dentro de media hora.

El médico colgó y seguidamente informó a los policías.

—Claudel se ha ido de la casa.

—¡Vamos! —exclamó Murat dirigiéndose a su subordinado—. Y usted, doctor, recuerde que tenemos una cita en mi despacho a las tres de esta tarde. No lo olvide. Tendrá que firmar su declaración y espero que esta vez no haya cometido nada.

—No puede pedirle a un médico que viole el secreto profesional —repuso Stassie.

Luego, en la calle, Murat comentó con Jacques:

—¿Qué opinas de su historia?

—Que le falta algo. Algo que sigue a oscuras, es como la pieza de puzle que no casa, porque el planteamiento está mal llevado desde el principio.

—El asesino está al caer, Jacques. Mandaré a mis hombres que se desplieguen para hacer una redada en toda regla. Necesito detener a Nolan.

—Si piensa que Nolan asesinó a Balzac creo que está equivocado.

—En este momento no pensaba en la muerte de Balzac.

—Pues yo sí, señor y perdone que discrepe de usted. No quiero decir que ese crimen sea la clave de todo el asunto, pero es el único que podremos probar.

—Creo que empiezo a comprenderte.

—El asesino caerá precisamente por ahí, comisario. Por eso es necesaria la redada, y el único objetivo es atrapar a Nolan, el hombre que discutió con Balzac la misma noche que mataron a éste.

El comisario asintió lentamente mientras regresaban al puesto de policía.

Jacques comió junto con Nicole en una cafetería cercana a la explanada donde estaba situado el circo.

Habían hablado de cosas poco trascendentes hasta que ella se interesó por los adelantos de la policía en aquel asunto.

—A ti te interesa sobre todo el crimen de Chicago. Debías querer mucho a ese ventrículo.

—Ya te dije que era la única persona que de veras hizo algo por mí.

—¿No le olvidarás nunca?

—No. Mientras no se haya hecho justicia.

—No creas que no me interesa ese crimen. Es el origen de todo. Primero fue Rooster, después Boudricourt y por fin Balzac, y pueden caer otros.

—¿Qué dices? ¿Sebastián de Boudricourt? —inquirió ella.

—Existe la sospecha de que su muerte fuera producida por envenenamiento.

—¡No es posible!

—Cuando hay una herencia de casi dos millones de francos nuevos de por medio, querida Nicole, todo es posible.

Y hablando consigo mismo el policía murmuró:

—Un fabricante de muñecos que hace chantaje al viejo, un enano que le ayuda, un anticuario que los esconde, un vagabundo disfrazado de María Antonieta y que luego es asesinado, y un

antiguo tirador de revólver que desaparece.

—¿Nolan? —inquirió ella.

—Sí. Lo están buscando. No tardará en caer en nuestras manos.

—Creo que estáis equivocados.

—¿Equivocado?

—Nolan no mató a Rooster. Estoy segura. No tenía motivos para hacerlo.

—Hemos recibido un informe de aquel asunto a través de la Interpol. Nolan también había discutido más de una vez con Rooster.

—Era por cuestiones artísticas. En esta profesión, como en otras, a veces nos dejamos llevar por el amor propio. En el circo estas cosas se notan más, todos queremos ser la estrella del espectáculo. Las discusiones entre Rooster y Nolan no pasaban de ahí.

—¿No había nada más? —preguntó el policía mirando fijamente a los ojos de la muchacha.

—No sé lo que quieres decir.

—Según parece, Nolan y Rooster discutieron por algo más. ¿No es así?

—Bueno... Imagino a qué te refieres, pero...

—Pero Nolan estaba también enamorado de ti y Rooster era bastante celoso en este aspecto.

—Nolan no me importaba en absoluto —se apresuró a declarar la joven.

—No se trata de si te importaba o no. Hablábamos de discusiones y alguna vez, dejando aparte los celos artísticos, tú fuiste la causa de esos altercados.

—Nolan jamás hubiera dejado uno de sus revólveres en manos de un muñeco de Rooster. Estoy segura.

—Bien, en cualquier caso si buscamos a Nolan, no es para recordarle el asunto de Chicago, sino para saber algo más sobre el asesinato de Balzac.

—¡Balzac! —exclamó ella al cabo de un silencio—. ¿Por qué le disfrazaron de María Antonieta? ¿Lo habéis averiguado?

—Sí. Lo hemos averiguado —contestó Jacques— y hasta cierto punto tiene lógica.

Pero no quiso ser más explícito.

Y de repente, después de otro silencio, Jacques, soltó:

—¿Sabías que si por cualquier causa de las fijadas en el testamento del viejo, su sobrino no pudiera disfrutar de la herencia ésta pasaría a cierta institución?

Antes de que la muchacha pudiera contestar Jacques añadió:

—¿Y sabías que si los casi dos millones de francos pasaban a la institución, una considerable parte debería serte entregada a ti?

—¿Eeh? —Nicole estaba sorprendida de veras.

—Sí, querida. Nos lo ha contado el doctor Stassie. Se lo dijo el propio Sebastián de Boudricourt. Stassie sabe muchas cosas.

—Yo... Yo no podía saber... —balbució ella.

Y Jacques saltó con otra respuesta tajante:

—¿De veras no visitaste nunca al viejo en París?

—No, Jacques. No le visité. Te lo dije. No volví a verle. ¿A qué viene todo esto?

CAPÍTULO XVI

Con la redada nocturna de la policía se llenó la comisaría y muchos quedaron presos por delitos muy ajenos a lo que el comisario perseguía, pero Nolan no apareció.

Jacques se puso en contacto con unos confidentes y esto le llevó a la Puerta de las Lilas.

Nolan se había refugiado en una vieja casa abandonada y condenada a la demolición.

El fugitivo con un olfato privilegiado, advirtió la presencia del agente que quiso actuar en solitario para no espantar la casa. Naturalmente, Nolan huyó por una puerta trasera que comunicaba con un descampado.

Jacques saltó tras EL, pero Nolan le había tomado una considerable ventaja y saltaba una valla con gran agilidad.

El policía tampoco era un novato en atletismo e hizo gala de su excelente preparación física, logrando acortar distancias.

El perseguido desembocó en una plazoleta y se orientó para buscar el sitio por dónde mejor le convenía continuar su fuga.

La cercana presencia del agente que seguía ganando terreno le aconsejó tomar una motocicleta aparcada en la acera.

La tomó y la puso en marcha rápidamente dando la vuelta para lanzarse sobre Jacques, que ante el inminente peligro supo saltar a tiempo para salvar la acometida.

El conductor de un automóvil estaba buscando un hueco para aparcar. Jacques decidió en un momento lo que tenía que hacer.

—Policía. Présteme el coche...

—Oiga, pero...

—Yo respondo si hay desperfectos. No se preocupe —repuso Jacques metiéndose ya dentro del automóvil. El motor estaba ya en marcha, sólo bastaba acelerar.

Así Jacques pudo impedir que Nolan se le escapara una vez más.

La motocicleta había tomado más de medio kilómetro de ventaja y rodaba por el serpenteante *boulevard* por delante de la ancha zona de casas en construcción.

Jacques pisaba a fondo el pedal del gas en un automóvil cuyo motor no respondía como EL hubiera deseado en aquellos momentos.

Nolan dobló una esquina metiéndose por una calleja sin asfaltar. Cruzó un campo en auténtico motocross y fue a parar a un paso a nivel de la vía férrea que se estaba cerrando en aquellos momentos.

Jacques prosiguió sin concederle ni un momento de tregua, pero tuvo que frenar ante la valla del paso a nivel.

Su perseguido marchaba paralelo a la vía por el otro lado y el agente maniobró para seguir por el campo y procurar no perder el contacto.

Un par de cientos de metros más allá había otro paso sin guarda ni barrera. Era otra de las zonas en construcción. Nolan aceleró su marcha, y Jacques pensó que si conseguía atravesar la vía por aquel punto podría ganar mucho terreno.

Un expreso avanzaba haciendo sonar insistentemente su sonoro pitido.

Jacques sabía que era necesario poder pasar antes de que lo hiciera el tren si no quería perder el contacto definitivamente con su perseguido.

Aceleró cuanto pudo. El tren le estaba pisando los talones, pero EL continuó tenaz con la esperanza de poder llegar al paso con las fracciones de segundo de antelación suficientes.

Nolan, por su parte, trataba de buscar otra salida, pero no podía hacer otra cosa que seguir adelante porque a su derecha tenía la vía férrea y a su izquierda la interminable valla de ladrillos de un almacén ferroviario.

Jacques conducía de forma irresistible, cerca ya del paso. Al tren apenas le faltaban treinta segundos para llegar al mismo punto y su velocidad era muy superior.

El agente pisó cuanto le fue posible en un esfuerzo tal que parecía ser EL quien desarrollara la fuerza que movía el motor del auto.

El paso estaba ya allí y el tren a no menos de diez metros.

Cruzar la vía era arriesgado. Muy arriesgado, pero Jacques no

vaciló ni un instante.

El tren lanzó un pitido que a los pusilánimes se les hubiese antojado de mal agüero. Sin embargo, el policía cruzó. El traqueteo ensordecedor del convoy se enseñoreó del lugar por varios segundos. Jacques estaba solo a cincuenta metros de Nolan que por fin, cada vez más lejos del centro, encontró un sendero que conducía a una carretera.

El policía trató de atajarle cruzando por el campo. Cuando el fugitivo llegó a la carretera y vio el coche de su perseguidor casi a su misma altura quiso efectuar un brusco viraje, pero sólo consiguió que las ruedas de la motocicleta resbalaran y la máquina terminara volcando.

Aun así quiso proseguir la fuga a pie, pero Jacques, que ya había abandonado el coche, le alcanzó en unas cuantas zancadas.

Nolan se revolvió. Era alto, fuerte, con más envergadura que el policía y poseía una buena pegada, pero Jacques supo esquivar el golpe y pasar al contraataque de manera fulminante. Un buen trallazo en el estómago, seguido de mi derechazo en la mandíbula, dejó medio «groggy» a su rival que al tratar de reaccionar se encontró con el arma oficial del agente de la ley.

—Ya está bien, Nolan. No empeores las cosas —dijo simplemente el agente, al tiempo que con la mano libre le colocaba las esposas.

CAPÍTULO XVII

—Sí. Discutí con Balzac, pero esto no prueba que yo lo matara —declaró Nolan.

—Entonces, ¿por qué corrías? Sólo queríamos hacerte unas preguntas... Tu actitud te hace sospechoso.

—¡Al diablo! —repuso Nolan—. No pueden probarme nada. ¿Eh? Balzac era un rastrero, me debía dinero. Eso es todo. Pero yo no ajusto mis cuentas a tiros...

—Sin embargo, estás considerado como un buen tirador...

—¿Y qué?

—En Chicago estuviste mezclado en un feo asunto. También hubo un muerto... por arma de fuego.

—Oiga, comisario. Aquello, en lo que a mí respecta, ya quedó aclarado. ¡Y fui despedido! ¿A qué viene todo esto?

—¿Por qué huías?

—No quiero tratos con la «bofia». No me gustan ustedes. Quiero ser libre...

—Entonces dínos quién mató a Balzac —sonrió Jacques.

—¡Y yo qué sé!

—¿Tienes coartada?

—Sí, la tengo, pero no me gusta mezclar a nadie en esto.

—Dínos dónde estuviste, quién te vio y lo demás. No molestaremos a tus amigos.

Nolan negó.

—De acuerdo —espetó el comisario dirigiéndose a sus hombres—. Enciérrenlo. Lo entregaremos al juez.

—¡Eh! ¡Un momento! —protestó el detenido—. No tienen ningún derecho...

—Esto va en serio, Nolan. Tú sabrás lo que te conviene.

—¿De veras pretenden acusarme formalmente de esta muerte?

—Y tan de veras —repuso Murat.

La treta dio resultado y Nolan se mostró dispuesto a explicar su coartada.

Cuando hubo dado los pormenores de dónde pasó el tiempo en el momento en que más o menos se calculaba que había sido asesinado Balzac, el comisario ordenó comprobar la coartada.

Entretanto había que esperar. Eran entonces las nueve de la noche.

Claude de Boudricourt miró el reloj por enésima vez. Estaba nervioso y paseaba como una fiera enjaulada esperando la llegada del doctor Stassie.

Fue entonces cuando creyó oír ruido en el piso superior. Sus ojos se agrandaron y su tez se tornó pálida.

Estaba solo en la casa, sin embargo estaba seguro de haber oído ruido.

Sí. Eran unos pasos lentos y livianos.

Top... Top... Top...

Marchaban acompasadamente.

—¿Quién...? —tartamudeó en voz alta.

No se atrevía siquiera a aproximarse a la escalera. Aguzó el oído y aguardó.

Los pasos continuaron, como procedentes de un lugar profundo.

Top... Top... Top...

¿Quién había entrado en la casa? ¿Quién trataba de asustarle? ¿O acaso pretendían algo más que asustarle?

Tenía la sensación de que algo mantuviera agarrotadas sus piernas impidiéndole dar un solo paso.

Con gran esfuerzo consiguió moverse hasta llegar al pie de la escalera.

Entonces los pasos parecieron cesar. Lo que escuchó al cabo de unos instantes fue el chirriar de una puerta y luego el leve chasquido de esa misma puerta al cerrarse.

Y otra vez los pasos.

Top... Top... Top...

Creó adivinar que se alejaban... ¿Hacia dónde?

Top... Top... Top...

—¡La escalera del desván!

Entonces recordó que aún llevaba en el bolsillo de la chaqueta el revólver con el que había amenazado a Claudel antes de despedirse.

Lo empuñó y comenzó a subir la escalera.

La luz se apagó dejando la casa completamente a oscuras.

Claude lanzó un grito de espanto. Luego pensó en las frecuentes averías. Procuró contener la respiración y permaneció inmóvil durante un tiempo que le pareció eterno.

Los pasos parecían haberse difuminado por completo.

La luz volvió de nuevo y el joven lanzó un suspiro de alivio y prosiguió subiendo los peldaños, pero sin excesiva prisa, asustado aún, temeroso de lo que pudiera hallar arriba.

En el rellano no vio nada anormal. Avanzó por el corredor opuesto a su dormitorio hasta el arranque de la escalera que conducía al desván. Todo parecía estar en orden, pero no se decidió a subir al desván. Se quedó allí, junto a la escalera, como si algo le impidiese realizar ningún movimiento.

¡Y el doctor seguía sin venir!

Claude retrocedió hasta el rellano para volver a la planta baja.

Fue entonces cuando vio aquello.

—¡No! —gritó sin poderse contener.

Era el muñeco. ¡Luis XIV estaba allí, en el umbral del otro corredor, en pie, con su mirada estúpida que a Claude se le antojaba monstruosa!

—¡No! —volvió a gritar.

¿Quién había podido llevar aquel horrible espantajo hasta allí?

¿Quién, si estaba solo en la casa?

¿Cómo había «andado» Luis XIV hasta allí?

¿Quién se escondía en el desván?

El sonido de la campanilla sonó a sus oídos como un cascabeleo terrorífico y no pudo evitar un nuevo grito.

La voz del doctor surgió al otro lado de la puerta:

—Soy yo, Claude. ¿Quieres abrirme?

«¡Gracias a Dios que Stassie está aquí!», pensó Claude, y corrió a abrirle con la ilusión de que había llegado su ángel salvador.

CAPÍTULO XVIII

Eran ya las diez de la noche cuando Murat recibió una llamada telefónica. Habló unos momentos a través del hilo y después se dirigió a Jacques tras colgar el auricular:

—Parece que la coartada de Nolan es auténtica. Si nadie desmiente lo averiguado hasta este momento, habremos de aceptar que no mató a Balzac.

Jacques opuso:

—Es justo lo que necesitábamos saber, señor... Y casi prefiero que Nolan no sea el asesino. Ahora sí que las cosas se han simplificado un poco, porque el criminal solo puede ser una persona... ¿Me da permiso para que siga adelante, señor?

Tras alguna duda, Murat asintió:

—De acuerdo. ¿Cómo piensa actuar?

—Muy sencillo. Haciendo una visita al asesino.

—¡Cuidado, Jacques! No tenemos ninguna prueba. Es mejor no espantar la caza. No es un asesino corriente... si está usted en lo cierto.

—No he dicho que vaya a detenerle, comisario —sonrió Jacques, y añadió antes de dejar la oficina—: ¡Ah! Y no tema por la caza. Está muy espantada, yo diría que está aterrada...

En la antesala del despacho del comisario los dos compañeros de Jacques Mercier estaban esperando.

—¿Podemos irnos a dormir? —preguntó uno de ellos.

—Lo siento, chicos. Todavía hay trabajo. Tomaremos un coche oficial. Con teléfono, por si acaso.

—Jacques —preguntó el que había hablado antes—. ¿Conoces ya al asesino?

—Pues yo diría que sí. He apostado un mes de permiso con el comisario —sonrió el agente—. ¡Andando!

—¿Dónde vamos?

—A casa del doctor Stassie —repuso Jacques.

El doctor Stassie, después de tranquilizar a Claude, se dirigió hacia el teléfono.

—Voy a llamar al comisario Murat para decirle que estaré aquí.

—¿Al comisario? ¿Por qué? —inquirió el joven presa aún del nerviosismo anterior.

—Tengo que darle cuenta de lo que hago... Parece que no se fía de mí. —Y Stassie sonrió—. ¿Sabes, Claude? Piensa que yo sería el beneficiario de la herencia en caso de que a ti te incapacitaran... Y eso me convierte en sospechoso.

—¡Qué tontería! Usted, doctor...

—Ya lo ves. Ante la policía uno nunca está libre de sospechas, sobre todo cuando hay un crimen de por medio.

—El de Balzac, ¿eh?

—Y el de tu tío, Claude...

—¿Quéeee?

Claude palideció y quedó con la mirada fija en Stassie, que lentamente repitió lo que había dicho a la policía:

—Tu tío sospechaba que le estaban envenenando. Me lo dijo pocos días antes de su muerte...

—¡No! No es posible —balbució Claude.

—EL lo creía.

—Pero usted certificó muerte natural.

—Sí, Claude, porque sin la revelación de tu tío, como médico de cabecera, yo y cualquier otro que le hubiese tratado en mi lugar hubiese certificado lo mismo. No había ningún síntoma externo de envenenamiento. Sólo la autopsia hubiera podido revelarlo, pero la autopsia sólo se practica en casos de muerte dudosa. Para mí no lo era...

—Pero EL le dijo...

—EL me dijo muchas cosas. Yo tenía que atenerme a los hechos... Una de las cosas que me dijo fue pedirme que no permitiera que le hicieran la autopsia. Ni aun muerto quería que un escándalo empañase su apellido...

—Pero si usted sabía...

—Yo obré de acuerdo con mi conciencia... de amigo, pero redacté un documento y lo deposité en lugar seguro revelando las

sospechas de tu tío y explicando por qué obré como lo hice. Si fue crimen, no quedará impune y si quedara... fue voluntad de tu tío.

—Pero ¿sospechaba EL quién podía envenenarle?

El doctor guardó silencio.

—¡Por favor, doctor Stassie! ¿No se da cuenta? Si la policía sabe esto, sospecharán de mí. ¡Yo soy el heredero! Soy quien más motivos tenía para querer matarle... Ellos sólo piensan eso. El dinero es un móvil magnífico para un crimen...

—De momento no te han molestado, Claude —repuso el doctor.

—No, pero... Mi tío debió decirle algo más. ¿De quién sospechaba?

Stassie se encogió de hombros.

—¿No se lo dijo?

—Mira, Claude, yo conocía a tu tío mejor que a ti mismo... EL hacía un diario de su vida. De su vida íntima. Hubo algún tiempo en que incluso me lo mostró, pero hace unos años dejó de hacerlo. Debí anotar en EL cosas demasiado íntimas que no quería que se supieran...

—¿Un diario? Yo no sabía nada de esto.

—Tú ignorabas bastantes cosas de tu tío, Claude...

—Yo no he encontrado ningún diario.

—Quizá lo destruyó antes de su muerte. O lo escondió...

—¿Dónde?

El doctor sonrió.

—Quizá sería mejor no leer ese diario, Claude.

—¡Tengo derecho a saber quién asesinó a mi tío!

Es cierto que yo no le tenía mucha simpatía, pero... Si le mataron...

El doctor suspendió la conversación para llamar al comisario. Fue una charla breve.

—Sí... Pasaré esta noche aquí, y quizá otras noches... Si me necesita, puede llamarme a este número. —Y el médico dio el número de teléfono de la casa. Luego colgó y se dirigió nuevamente a Claude, que exclamó:

—Hay que encontrar ese diario. Ayúdeme a buscarlo.

—Quizá esté en el desván —repuso el médico.

—¿En el... desván? —Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Claude de Boudricourt. Se acordó de haber oído la puerta cerrarse.

De los pasos... de su convencimiento de que allá arriba se escondía alguien...—. ¿Por qué en el desván?

—¿No sabes que es allí donde EL guardaba sus cosas más preciadas?

—Sé que... no le gustaba tirar nada. Tengo idea de que aquello está lleno de trastos, pero...

—¿Qué, Claude...?

—Vamos, doctor... Ya le he dicho al entrar lo que había ocurrido. EL muñeco... los pasos... ¡Temo que en el desván hay alguien!

—¡Qué tontería!

—Acompáñeme —pidió Claude casi temblando.

Tras una pausa, Stassie murmuró:

—Está bien. Vamos allí.

CAPÍTULO XIX

—No hay nadie —dijo uno de los compañeros de Jacques después de haber llamado insistentemente en la puerta de la casa del doctor Stassie—. No responden. ¿Echamos la puerta abajo?

—Calma, calma... Quedó en avisarnos, luego. Voy a llamar al jefe, tal vez sepa algo.

Y Jacques regresó al coche y conectó con la comisaría. Murat respondió para decir:

—Sí, Jacques. Stassie ha llamado hace cinco minutos diciendo que pasaría la noche en casa de Boudricourt.

—¡Qué fastidio! —repuso Jacques pensativo.

—¡Ah, escuche! Tengo algo interesante. ¿Se acuerda de nuestro pequeño amigo Marcel?

—El enano, sí. Usted le dejó en libertad después de su declaración. ¿Qué pasa con EL?

—Como sabe, está bajo vigilancia discreta por si podía servirnos. ¿Me sigue?

—Sí, sí, comisario. Dígame.

—Pues bien. Parece que hace visitas secretas a su amiga la señorita Nicole.

—Ella nunca me habló de esto —repuso Jacques.

—En este asunto todos dicen verdades a medias, pero lo cierto es que ahora Marcel está en la explanada del circo, camuflado entre unos fardos. Por su estatura no le es muy difícil. Si se da prisa aún le encontrará.

—¿Cree que puede ser interesante tener una charla con EL?

—O con ella —repuso el comisario.

—Es que pensaba hacer otra cosa...

—Es que... hay más, Jacques.

—Me está intrigando, comisario —sonrió éste.

—Apuesto a que no sabe de dónde salía el enano cuando se

dirigió al circo.

—Mi sagacidad no llega a tanto. Lo confieso.

—¡De casa de los Boudricourt! —repuso el comisario en tono triunfal.

—¡No!

—Sí, Jacques, y no precisamente por la puerta principal.

—Esto ya es más interesante... ¿No le parece? —Volvió a sonreír Jacques pensativo.

—En parte sí, pero será necesario trabajar con un mejor conocimiento. Le aconsejo que vaya a ese circo.

—Con mucho gusto, señor. Ahora sí que voy —Jacques colgó y llamó a sus compañeros—. ¡Muchachos! ¡Nos largamos!

Stassie y Claude estaban al pie del tramo de escaleras que conducía al desván.

El joven parecía resistirse a subir y quedó ligeramente rezagado.

—Vamos, hombre... Tenemos que buscar ese diario. Y no temas... No hay nadie ahí arriba, sólo trastos viejos.

—Yo oí los pasos...

—Estás nervioso, desequilibrado.

—Intentan desequilibrarme... Lo sé —repuso EL.

Stassie le miró fijamente y, ante la indecisión del joven, comenzó a subir la escalera solo. Claude le siguió a tres peldaños de distancia.

Los escalones de madera crujían levemente, pero Stassie siguió hasta lo alto. La puerta estaba allí enfrente. Tomó la empuñadura y esperó para empujar hasta que el joven estuviera junto a EL.

Los dos permanecían en silencio. Claude contenía la respiración. Estaba al borde de una crisis. Stassie parecía querer animarle con su mirada dominante.

Empujó lentamente. La puerta emitió un muy ligero chirrido, pero para Claude aquello restalló como un latigazo.

Cuando la puerta estuvo completamente abierta, surgió una leve corriente de aire que hizo moverse las telarañas que colgaban entre los muebles amontonados.

Claude trató de penetrar con la mirada aquella oscuridad. Todo era silencio, quizá demasiado silencio.

El doctor tanteó en la pared en busca del conmutador de la luz que accionó al encontrarlo, pero no había ninguna bombilla para

iluminar la estancia.

—¡Oh! No funciona... No hay luz... Entraremos. —Y pasó delante.

Claude emitió un gemido. Era una forma de expresar el terror pánico que atenazaba sus músculos.

Al avanzar, el médico tuvo que apartar las telarañas. Algunas se resistían a romperse.

—Por aquí no ha pasado nadie hace tiempo. Esto es evidente.

La altura de las telarañas era a un metro del suelo aproximadamente. Había otros espacios para pasar, con menos impedimentos, pero sólo conducían a un mueble.

—Miraremos aquí —murmuró Stassie.

Claude, con los ojos ya aclimatados a la oscuridad y ayudado por la luz de la escalera, parecía buscar en todos los rincones como si aún le obsesionara la idea de que alguien se hallaba escondido.

Stassie había abierto un cajón y buscó entre libros y escritos del difunto Sebastián de Boudricourt.

—¡Mira! Esto es un diario —dijo tomando una libreta enfundada en piel.

Lo abrió y hojeó las páginas haciéndolas saltar con el pulgar. Estaba completo.

—Parece antiguo... —Buscó una fecha y corroboró—: Sí... Este termina en el año setenta.

—Busque. Debe haber más...

—No acaba de gustarme esto, ¿sabes? Un diario es una cosa íntima.

—Pero puede revelarnos el nombre de un asesino.

Stassie volvió la mirada hacia el joven que se había aproximado. EL silencio entre los dos hombres se prolongó hasta que de pronto sonó un golpe.

—¡Ah! —gritó Claude.

Era el inconfundible batir de una ventana contra el marco.

—¡Allí! —señaló el doctor.

Tuvo que abrirse paso entre las telarañas para llegar hasta la pequeña ventana del desván. Estaba abierta de par en par.

—Es extraño que esta ventana esté abierta... ¿no te parece? —preguntó Stassie.

Claude intentaba inútilmente que la saliva pasara a través de su

garganta.

El médico se asomó. Claude lo hizo también más que nada para respirar aire.

—Son dos pisos de altura, y muy altos por cierto —comentó el médico, pero la mirada de Claude se había fijado en la tubería que pasaba a medio metro de distancia. Era el canal de desagüe que iba desde el terrado hasta el suelo.

—Doctor, la pared es de ladrillo y ayudado por la tubería alguien puede subir. Alguien que sea hábil... Nadie podría verle. Esto da a la parte trasera... ¡Yo le digo, doctor, que por aquí ha subido alguien!

CAPÍTULO XX

Jacques Mercier estaba ya en el circo. Desde el puesto de vigilancia del hombre que había seguido al enano, pudo ver cómo éste se escabullía hacia la zona más oscura. Un par de minutos después, Nicole salía del carromato y, tras cerciorarse de que no había nadie, seguía la misma ruta del enano.

Uno de los compañeros de Jacques murmuró:

—Va a reunirse con EL. ¿Les rodeamos?

—No. Cubran simplemente la posible huida del enano. Cuidado. Es muy escurridizo. Yo haré el resto.

Y amparándose en la oscuridad y protegido por cajas y armatostes, Jacques avanzó de forma que pudiera salir por detrás del enano que ya estaba hablando con la muchacha.

Antes de llegar junto a ellos pudo oír a Nicole cómo exclamaba:

—¡No, eso no...! ¡Os dije que no!

—Me estoy jugando mucho en ello, Nicole. Yo lo hago por ti.

—Toma, te daré algún dinero —repuso ella.

—No, Nicole. Ahora no quiero nada.

—No es para ofenderte, Marcel, pero...

—No. Dime qué tengo que hacer —repuso el enano.

—¡Espera! —exclamó ella. Había oído algún ruido. Se volvió. De entre la oscuridad, tras un montón de tierra, surgió Jacques.

—¡Tú! —exclamó ella.

El enano trató de escabullirse, pero ya Jacques le había sujetado por un hombro y estaba apretando.

—¡Oh! ¡Suélteme! Me hace daño... Yo no estaba haciendo nada malo.

—Tú nunca haces nada malo, pero huyes cuando ves a un policía. Andando. Vamos a charlar los tres en un lugar más a propósito...

Ni la muchacha ni el enano replicaron.

—Quizá no hemos mirado bien, doctor —dijo Claude saliendo del desván.

—Habría que sacarlo todo y registrar centímetro a centímetro —repuso el médico—, y quizá ni así encontraríamos el diario... Te digo que quizá sea mucho mejor así.

—¿Es que no quiere saber quién mató a mi tío? —preguntó Claude.

—Dejemos esto ahora. Ya has visto que he cerrado la ventana. Nadie puede entrar... en el supuesto de que sea cierta tu sospecha de que alguien haya podido escalar hasta el desván. Ahora vámonos a acostar. Te daré unas tabletas para que puedas conciliar el sueño y descanses...

Claude guardó silencio. Miró cómo ya en la planta baja el doctor sacaba unas tabletas de un tubo que llevaba en el bolsillo y las miró con cierto recelo.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada, nada —repuso el joven, pero en su fuero interno sospechaba de todos y hasta por un momento incluso del doctor...

—Dile la verdad —pidió Nicole al enano.

Marcel carraspeó y murmuró:

—Lo diré porque tú quieres.

—Jacques es un buen amigo y EL comprenderá las razones por las que no le he contado lo último que supe.

—Bien, Marcel. Ya te han dado permiso para soltar la lengua —repuso Jacques mirando a la muchacha.

—Fue en Chicago... cuando ocurrió aquello —empezó Marcel.

—¡Ah! ¿Todavía hay más cosas que no sabemos sobre lo de Chicago? Bien, adelante.

—Aquella noche yo rondaba por allí... No quise decir nada por miedo...

—Entonces... tú viste algo.

—La función había terminado hacía un buen rato, no había mucha luz, pero me pareció ver una sombra moverse. Al principio pensé que era uno de los compañeros que regresaba, pero me extrañó su modo de moverse, andaba con sigilo y se dirigió hacia el carromato de Rooster.

—Rooster el ventrílocuo —repitió Jacques—. ¿Viste quién era?

—Primero no, ya le digo que había muy poca luz, pero cuando

el hombre entró en el carromato me aproximé un poco más y vi cómo se iluminaba el interior del carro.

—Y tú vigilaste —sonrió Jacques adivinando.

—Me subí a la escalera y me asomé, sí...

—¿Y a quién viste, Marcel? —preguntó el policía pacientemente.

La revelación del enano fue sorprendente para Jacques. Muy sorprendente.

—A quien vi fue... al señor Sebastián de Boudricourt. Le conocí porque le había visto otras veces hablando con Nicole.

Jacques cambió una mirada con la muchacha y enseguida preguntó:

—¿Disparó el viejo contra Rooster? ¿Le viste tú?

—No, no, señor. Me marché... Discutían, discutían violentamente, pero no pude oír lo que decían... Temí que pudieran descubrirme y me marché.

—¿Y los disparos?

—Después... Unos minutos después, muy pocos. Vi una sombra que escapaba y volví a esconderme. Pensé que era mejor no mezclarme en aquello.

—Encubriste un asesinato.

—No fue aquí, señor... Fue en Chicago... Yo no quiero tratos con la policía. Además... Yo... Yo sabía que la señorita Nicole tenía una gran simpatía por el señor de Boudricourt... y EL era el dueño del circo. En realidad, gracias a su dinero pudimos prosperar... aunque luego no sirviera de nada.

—¿Y tú lo sabías? —preguntó el agente dirigiéndose a Nicole.

—No, Jacques. Esto no lo he sabido hasta hace muy poco... Cuando Marcel supo que yo había mandado el anónimo para que investigaraís.

Hizo una pausa y añadió:

—Yo quería que se castigara al culpable, ya te lo dije, pero Marcel me explicó lo que había visto aquella noche y entonces preferí no haber empezado esto.

—¿Por el viejo? —preguntó Jacques.

—Sí —asintió ella.

—Aunque fuera EL, el asesino de Rooster... ¿Preferirías dejar el crimen impune?

—Sebastián ha muerto ya. De nada serviría remover esto... Si

fue EL, debió ser en un momento de locura, no sé... No puedo entenderlo, pero Rooster se ponía violento a veces. En fin... No sé qué pensar.

—Comprendo lo que sientes y comprendo también que no quieras mezclar al viejo sin estar segura, pero debiste habérmelo dicho porque lo que ocurrió entonces fue el comienzo... Pero aún hay más cosas que aclarar, y no me iré de aquí sin saberlas.

Tras un silencio que ni el enano ni la muchacha interrumpieron, el agente preguntó:

—¿Qué más os traéis entre manos?

Y como el silencio proseguía lanzó una nueva pregunta:

—Concretamente... ¿por qué fue Marcel a la casa de Boudricourt? Y no quiero mentiras porque lo sabemos.

—Es que... tenía que hacerlo —confesó el liliputiense.

—Explícame esto, muchacho. ¿Por qué tenías que hacerlo?

—Alguien me pagó por hacerlo...

—¿Alguien? ¿Es que todavía hay alguien más en este condenado asunto? —espetó Jacques.

—Díselo, Marcel —intervino ella—. Explícale lo mismo que me has contado a mí.

—Soy todo oídos, muchacho. ¿Quién es ese alguien?

Y el enano explicó:

—Caudel.

—¿Eh? EL criado de los Boudricourt... ¿Te refieres a EL?

—Sí. Me pagó para que trepara por el desván y dejara a Luis XIV en un lugar visible. Fue muy arriesgado y por poco me descubren.

—¡Vaya! Conque Caudel... Debió pagarte muy bien.

—Sí, señor.

—No escarmientas nunca, ¿eh?

—Bueno, es que el sobrino del señor de Boudricourt nunca me fue simpático... Odia a los muñecos y a los enanos... Cuando iba a hablar con la señorita Nicole siempre me trataba mal.

—¿Y qué supones que gana Caudel con esa comedia?

El enano se encogió de hombros.

—¿Seguro que ya no tenéis nada más que decirme los dos?

Ambos negaron, y el policía se puso en pie.

—Una última pregunta. Caudel, el criado del señor Boudricourt... ¿estuvo también en Chicago?

Nicole asintió:

—Sí. Sebastián se lo llevó con EL. Una vez me dijo que no sabía prescindir de EL.

—Entonces... ¿estaba allí cuando se cometió el crimen? Estaba en Chicago, ¿no?

Nicole asintió.

Jacques Mercier parecía muy satisfecho con todo lo que acababa de saber por boca de Marcel y de Nicole.

CAPÍTULO XXI

Era ya medianoche, cuando sonó el teléfono en la mansión Boudricourt.

Lo tomó Stassie en la habitación de Claude que se había acostado, pero seguía sin dormir.

—¡Estás condenadas tabletas producen amodorramiento, pero no hay forma de conciliar el sueño!

—Inténtalo —repuso el médico ya con el auricular en la oreja.

Escuchó unos instantes y se limitó a decir:

—De acuerdo, de acuerdo. Iré enseguida.

Colgó.

—¿Tiene que marcharse? —preguntó Claude.

—Sí. Dejé este número en la centralita por si alguien me necesitaba. Es una urgencia. Espero no tardar, y trata de dormir. No pienses en nada.

Stassie salió de la habitación y poco después abandonaba la casa.

A partir de este momento los minutos le parecieron horas. Aguzaba el oído temeroso de oír un ruido en cualquier momento.

Se aseguró de que tenía el revólver en la mesilla de noche y lo guardó junto a EL oculto entre las sábanas.

El

tic-tac

del reloj de la mesita sonaba a sus oídos como un tremendo martilleo.

Su propia respiración le sobresaltaba y el corazón le latía con tal furia que temía no le estallase.

El primer cuarto de hora fue insufrible, pero el amodorramiento producido por las tabletas que le había facilitado Stassie comenzaba a adormecerle pese a su excitación.

Dio una cabezada y despertó sobresaltado. ¿De dónde había

procedido el ruido?

De ninguna parte. Todo estaba en calma, y sólo habían pasado cinco minutos de la última vez que consultó el reloj.

Otros diez minutos entre cabezada y cabezada y oído atento.

Alguien se acercaba furtivamente por la calle, una sombra que avanzaba hacia la puerta de la casa.

Claude se incorporó con un presentimiento y avanzó hacia la puerta de su habitación. Le daba miedo asomarse. Las luces estaban apagadas y, menos su alcoba, el resto de la casa se hallaba sumido en la oscuridad.

La sombra traspuso el umbral de la puerta y en sus manos tintineó un juego de llaves.

Claude, palpando la pared, dio con el conmutador del comedor y la luz, siempre débil y pobre para alumbrar tanto pasillo, puso una nota más tranquilizante en el sentir del dueño de la casa.

La sombra subió los peldaños que daban acceso a la entrada del edificio.

Claude, después de aguzar el oído, volvió a su habitación. Su mano, con la que empuñaba el revólver, estaba temblando.

La sombra eligió una llave para entrar en la casa.

Claude se sentó sobre la cama. Notaba un sudor frío deslizándose por todo el cuerpo.

Entonces sonó el teléfono y el timbrazo le produjo un nuevo sobresalto.

La sombra había dado vuelta a la llave y se introdujo en el *hall*.

Quienquiera que fuese se detuvo al oír el teléfono. Y Claude descolgó desde arriba.

—¡Diga! —exclamó el joven con voz insegura.

Era Nicole. No resultaba corriente que ella le llamara, y por eso se extrañó:

—¡Nicole!

La voz de ella sonó algo excitada:

—Tienes que marcharte, Claude. Sal inmediatamente de la casa...

—¿Qué...?

—Van a matarte, Claude. El agente Jacques Mercier y sus hombres vienen hacia aquí, pero temen que el asesino se les anticipe.

Aquello era amontonar miedo sobre miedo, y fue muy difícil para Claude que salieran las palabras de su boca.

—¿Có... cómo lo sabes?

—Ahora no puedo contártelo, pero la policía ha descubierto ya al asesino de Balzac. Todo es una conspiración contra ti...

—¿Estás... segura?

—Es lo que me ha dicho Jacques... Toma el coche y ven al circo.

Entonces Claude estuvo completamente seguro de haber escuchado un ruido en el *hall*.

—¡Claude! —exclamó ella—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sí... Saldré enseguida —repuso EL. Nicole colgó. Claude quiso decirle algo más, pero tenía los oídos en el *hall*, «*sabía que alguien estaba allí*».

Aquella llamada había venido demasiado tarde.

Temeroso de sus propias pisadas avanzó hacia la puerta, en el instante en que se cortó la luz.

Y en el hall, unas manos enguantadas llevaban consigo algo que por sí solo tenía la virtud de aterrorizar a Claude. Las manos llevaban un muñeco inanimada conocido por Luis XIV.

Claude se encerró en su cuarto y se pegó a la puerta jadeante como si hubiese recorrido a pie docenas de kilómetros.

La sombra de las manos enguantadas acercó el rostro del muñeco al suyo y susurró:

—Oficialmente tú mataste a Rooster y a María Antonieta. Bien, ahora vas a hacer el último trabajo, pero aún es temprano. Sí. Tenemos tiempo... Nuestro hombre no escapará.

En su habitación, Claude abrió la ventana y midió la distancia que le separaba del suelo. Eran casi cinco metros. Detestaba aquellas casas antiguas, de techos tan altos.

Pensó en utilizar la pared de ladrillos para colocar los pies, pero le faltaba algo para sujetarse.

Entonces pensó en las sábanas. Las anudó nerviosamente para formar una cuerda que le permitiera aproximarle más al suelo. Sí. Era suficiente.

Ató un extremo de la sábana a una pata de la cama y echó el resto por la ventana, dispuesto a descolgarse.

Calzaba únicamente unas zapatillas y llevaba puesto sólo el pijama, pero eso era lo que menos le importaba. Ni siquiera sentía

el frío natural de la húmeda noche, su frío era interior, producido por el miedo, algo que no se cura con ropa de abrigo.

Alcanzó el suelo y corrió hacia el garaje, contiguo al bloque principal de la casa.

Entretanto el agente Jacques Mercier, junto con sus compañeros, doblaba una esquina, al volante de su coche, mientras un colega consultaba el reloj.

CAPÍTULO XXII

Claude ya estaba al volante de su coche, dentro del oscuro garaje con la puerta basculante abierta, dispuesto a huir de aquella casa.

Pero algo fallaba porque el auto se negaba a arrancar. EL motor no se ponía en marcha.

Claude lo intentó una y otra vez hasta que advirtió que el indicador de la esencia marcaba cero. ¡No había gasolina!

¡Le habían vaciado el depósito!

Una indescriptible sensación de pánico se apoderó de EL. Tendría que huir corriendo, como fuera.

Se lanzó hacia la puerta en el preciso instante que ésta cayó violentamente.

El ruido de una llave indicó que acababan de encerrarle. Golpeó con furia, pero sin poder reprimir un constante escalofrío. Pensó en la otra puerta que comunicaba con el interior de la casa, pero temía entrar allí... Temía encontrarse con el asesino.

Trató de abrir lentamente y comprobó que no cedía. ¡Estaba completamente encerrado! ¡Y a oscuras!

No. No era posible medir la intensidad de pánico que estaba viviendo Claude de Boudricourt.

Y entretanto, en el *hall*, *las manos enguantadas dejaron a Luis XIV en el suelo, y como si un extraño prodigio se hubiese obrado aquel muñeco pareció cobrar vida. Comenzó a moverse y a andar.*

En la oscuridad una luz extraña y fosforescente daba a su rostro un aspecto aterrador.

Una voz recia y profunda dijo:

—Empieza el último acto, Luis XIV.

Claude hubiera reconocido aquella voz como la de Claudel, su criado.

Pero lo que jamás hubiese podido adivinar es que el muñeco

tuviera vida propia.

No tardó en darse cuenta de ello, cuando se abrió la puerta del garaje del lado de la casa y apareció el muñeco con un revólver en la mano.

Aquella extraña fosforescencia hacía posible su visión en medio de la total oscuridad.

—¡No! —gritó Claude al ver aquella espantosa visión.

Y Luis XIV le contestó:

—Vengo a vengarme de ti, Claude de Boudricourt...

Claude retrocedió. Después de la tensión de los últimos días, la postrera hora que había pasado en la casa terminó por destrozarle los nervios, ya no era capaz de razonar. Su aguante había llegado al máximo.

Pero aquella pesadilla seguía latente, y el muñeco le encaraba el revólver, apuntándole.

—Tú me acusaste de haber matado a Rooster, y no es verdad... Tampoco maté a María Antonieta, y tú lo sabes...

—¿Qué estás diciendo? —tartamudeó Claude como si estuviera hablando con una persona de verdad.

—Cumplir una venganza. Dejar limpio mi nombre. —Y el muñeco apretó el gatillo.

El estampido retumbó por todo el garaje, pero la bala no había alcanzado a Claude, que seguía en pie. Su rostro era un guiño de angustia.

Y sonó otro disparo.

—¡No! ¡No! —gritó Claude.

—Tú eres el verdadero asesino... ¡Tú! Tú mataste a Rooster y a María Antonieta... ¡Tú!

—¡No! Es una trampa... —gritó Claude.

EL muñeco hizo un gesto con la mano y su revólver desapareció para reemplazarlo por una libreta de cubiertas rojas.

—En este diario lo dice bien claramente... Lo escribió tu tío...

—¡No!

—Escucha.

EL muñeco abrió torpemente una página y su voz extraña, impersonal, leyó:

—«Sospecho que ha sido Claude quien mató a Rooster. Lo hizo para tener el campo libre con Nicole.

Eliminaba a su novio y a mí... porque sabía que yo había ido a ofrecer dinero a Rooster para que se alejara de ella. Fue una locura por mi parte, pero mi sobrino quiso sacar partido...»

Claude estaba pálido, y el muñeco siguió:

—«Fallido su primer intento, no desistió de eliminarme. Quería mi herencia, por eso aprovechando mi enfermedad envenenaba mis alimentos».

—No, no. —Apenas pudo balbucir Claude, blanco como el papel.
—Aún hay más —siguió Luis XIV—. Dice:

«No quiero que mi apellido se vea manchado, sólo por esto no denuncio mis sospechas a la policía. Que Dios perdone a mi sobrino».

—¡Dame ese diario! —exclamó Claude dando un paso hacia delante, pero el muñeco lo escondió tras de sí y volvió a empuñar el revólver.

—¡Quieto, Claude de Boudricourt! La justicia no podrá cogerte, pero yo me vengaré, porque trataste de hacerme pasar a mí por un asesino.

—Eres el enano... Sé que eres el enano... Estás fingiendo la voz... y tu rostro es una máscara... Escucha, te daré lo que quieras. Dame ese diario.

—¡No!

—¡Dámelo!

—¡No!

Fuera de sí, Claude, al borde de la locura, recordó que tenía el revólver en el bolsillo del pijama. Lo sacó y comenzó a disparar.

—Te mataré como a ellos, maldito. Te mataré como a ellos. Y ese diario no podrá leerlo nadie.

Sus disparos no surtían el menor efecto y el muñeco soltó una extraña carcajada que lentamente se quebró para quedar convertida en un sollozo.

—¡Ya está bien! —dijo una voz—. Todo lo que se ha disparado aquí son balas de fogueo, si no ya estarías muerto, Claude

Boudricourt.

Las luces se encendieron. Tras el muñeco, sujeto con los hilos correspondientes, se encontraba Nicole, especialista en marionetas.

Detrás, formando un apretado semicírculo, se hallaba Jacques, el comisario, unos agentes y el doctor Stassie, con Claudel.

Recogiendo el diario del suelo, Jacques murmuró:

—Esto no es ningún diario, pero tú ya has confesado lo que queríamos. Pueden llevárselo.

EPÍLOGO

Vencido, acorralado, Claude lo explicó todo desde el principio. Rooster, su propio tío y a Balzac los había matado EL.

Lo que Luis XIV dijo en la voz de Nicole, fingiendo leer un falso diario, era la verdad. Una verdad que no estaba escrita porque...

Pero dejemos que sea el doctor Stassie quien lo cuente.

—Esto fue lo que me confesó Sebastián días antes de su muerte y me rogó que lo callara. Seguramente me lo dijo a mí porque necesitaba acallar su conciencia. La sospecha de que su sobrino había matado a Rooster para que le acusaran a EL y así quedarse con Nicole y con la herencia.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

—Después, el temor de que le envenenaban fue a raíz de una conversación que sorprendió. Claude hablaba por teléfono con Nicole diciéndole que su tío estaba bastante mal y que tenía los días contados... cuando la verdad es que EL no podía saberlo. Lo descubrió demasiado tarde y ya nada podía hacerse por salvarle porque aparte de su «ayuda», su enfermedad le hubiese llevado seguramente a la tumba con semanas de diferencia. Estaba mal. Yo no fui sólo en diagnosticarlo. Tuve consulta con algunas eminencias. Su enfermedad era incurable, de ahí que no diera curso a una denuncia asumiendo plenamente la responsabilidad, pero... me resistí a que Claude quedara sin castigo y quise averiguar por mí mismo hasta qué punto eran ciertas las sospechas de Sebastián. Su diario, por supuesto, debió destruirlo; pero Claude creyó de verdad que lo que leía el muñeco lo había escrito realmente su tío.

—Lo que ocurre —adujo Jacques— es que en este asunto todo el mundo ha querido actuar por su cuenta y no se ha hecho otra cosa que retrasar la detención del asesino. EL doctor ha contado las cosas con cuentagotas, reservándose siempre una parte de la verdad; Nicole no siendo explícita desde un principio; Claudel con su

pequeña venganza de querer asustar a su nuevo amo; el enano actuando por venganza también y por dinero...

Murat, el comisario, por su parte, recriminó aquellas irregularidades y añadió:

—Tuvimos que actuar con escasos datos, meros indicios. Sólo al final, cuando el doctor lo soltó todo y se avino a colaborar, pudimos hacer algo... No fue muy normal la forma de conseguir la confesión del asesino, pero no podíamos hacer otra cosa. Stassie nos había preparado el terreno haciendo que Claude de Boudricourt viviera una tensión al límite por otra parte lógica en un criminal que teme verse atrapado y que en el fondo sospecha que está acosado, luego la colaboración de Nicole y la de Claudel que con las llaves que conservaba de la casa nos facilitó la entrada en el momento oportuno. En fin... no había otra forma, tal como estaban las cosas, de probar la culpabilidad de Claude, por eso accedí a esa farsa. Y nada más, señores.

Nicole pidió una aclaración.

—¿Por qué mató a Balzac?

—¡Oh! —exclamó Jacques—. Como ya sabemos, el doctor Stassie pagó a Sthendal para que metiera miedo a Claude utilizando al muñeco. Ésa fue su primera intervención por su cuenta.

—Bueno —sonrió el doctor—. Tampoco eso es muy normal, pero necesitaba asustar a Claude, hacer que se confiara. A fin de cuentas, era un asesino. Mató a Sebastián y era mi mejor amigo... Y yo diré lo que pasó con Balzac, si el agente me lo permite.

Jacques asintió y el médico prosiguió:

—Recordarle su asesinato era primordial en mi plan. Tras matar a Rooster, EL había dejado el revólver en manos de un muñeco, pues en esa farsa que yo pagué figuraba un asesinato. Lo de disfrazar a Balzac de María Antonieta ya no fue cosa mía, sino de Sthendal. Prepararon la comedia y la representaron delante de su ventana.

»Aquella noche —prosiguió Stassie—. Claude y yo estuvimos hablando. EL estaba muy excitado y cuando le dejé fue a dar un paseo, y sin que se diera cuenta le seguí. Fue entonces cuando tropezó por casualidad con Balzac. Sé que discutieron. Seguramente por lo de la farsa.

—Pero ¿cómo podía saber que Balzac se había disfrazado de

María Antonieta? —inquirió Nicole.

Fue Jacques quien aclaró la cuestión.

—Esto consta en la declaración de Claude. Dijo que Balzac estaba borracho y le contó lo de la farsa que habían representado para asustarle y le dijo que a cambio de dinero le diría quién había organizado todo aquello. Claude dijo que no llevaba dinero encima y quedó en ir a buscarlo a su casa, mientras Balzac le esperaba en el taller de Sthendal, donde ya no quedaba nadie. Claude regresó a su casa y cogió el dinero, pero tomó también un revólver.

Stassie adujo por su parte:

—Yo vi cómo se separaban y luego cómo Claude volvía a salir y cruzaba la calle para dirigirse al taller de Sthendal. Esperé. Aquello no me gustaba. Luego le vi salir de nuevo al cabo de bastante rato. No sabía lo que había pasado y quería enterarme. Subí al taller, pero la puerta estaba cerrada y por más que llamé nadie me contestó. Pensé hablar seriamente con Sthendal y averiguar qué demonios le había dicho Balzac a Claude, pues no quería que descubriera lo que yo había preparado, pero ya no pude hacerlo. Leí lo del asesinato de Balzac y con EL Sthendal y los demás desaparecieron, pero supe que Claude no se había enterado de nada porque su actitud hacia mí no varió en absoluto.

EL policía concluyó la declaración del asesino:

—Cuando Claude volvió a reunirse con EL, ya con el dinero, Balzac, que seguía borracho, se había vestido nuevamente con el ridículo disfraz, parece ser que pidió más dinero y que se negó a revelar el nombre del que le había ordenado aquella comedia, discutieron y Claude perdió los estribos y le mató. Para que no descubrieran el cadáver tan cerca de su casa, lo llevó al lugar donde fue encontrado.

Todo estaba ya aclarado.

EL comisario Murat recordó una vez más la obligación de no ocultar nada a la policía y condenó a los que pretenden actuar por su cuenta.

Claudiel, el criado, también estaba incluido, porque fue EL quien compró a Luis XIV para introducirlo en la casa. Hubo reprimenda para Nicole, a quien Jacques se brindó a acompañar puesto que el caso ya había concluido.

Claude de Boudricourt escuchaba con la mirada lejana la

declaración que le leían para que ratificara nuevamente:

«... Aquella noche seguí a mi tío. Sabía que tramaba algo... y le vi entrar en el carromato de Rooster. No pude acercarme porque estaba ese enano entrometido llamado Marcel. Luego le vi salir muy agitado. Entonces se me ocurrió la idea. EL enano había sido testigo de que mi tío estaba con Rooster, y en aquel momento ya no estaba. Salí del coche y corrí hacia el carro de Rooster y le maté... ¡Oh! EL revólver era de Nolan, sí... Se lo había robado días antes. ¿Por qué lo hice? Lo confieso, ¡qué más da ya! La verdad es que ya había pensado matar a Rooster, pero no me atrevía. EL pensar que podían acusar a mi tío me decidió. Sí. Pensé más en la herencia que en Nicole. Al fin y al cabo, de chicas hay muchas...»

Jacques dejó a Nicole en el circo.

—Ahora el escándalo será inevitable —murmuró ella.

—Se hará la menor publicidad posible —repuso EL.

—¡Pobre Sebastián! Tan apegado a sus cosas, tan noble.

—Te quería, hasta el punto de ofrecerle dinero a Rooster...

—Debió sentirse muy humillado. Lo siento. Era una buena persona, por eso no quise...

—Olvídalo. Después de todo, Sebastián tenía buen gusto —sonrió Jacques.

—Pienso que no traigo buena suerte a los hombres.

Estaban al pie del coche, mirándose a los ojos. Jacques la barbilleó.

—¿Te gustaría intentar traer mala suerte a otro hombre?

—No bromees.

—Hablo en serio.

Ella le miró con intensidad.

—No has tenido suerte, Nicole —añadió el joven—. No tengas complejos... Nos seguiremos viendo si no te importa.

—Sí. No me importa —susurró ella.

—Hay que mirar siempre adelante, ¿sabes? Bueno, continuaremos hablando de ello, ¿eh? Pero sólo del futuro.

Nicole asintió. Sí. ¿Por qué pensar en que todo tenía que salir siempre mal?

Jacques era optimista, simpático y muy apuesto.

EL le mandó un beso desde el volante de su coche y gritó:

—¡Hasta esta noche! Veo que hoy no hay función. Te invito a cenar...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



